

Rasgos de la espiritualidad mariana presentes en la tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana-Puebla



Iris Denisse Alvarado Fernández
Rina Venezuela Finol Montiel
Arley Andrés López López.

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Teología
Licenciatura en Ciencias Religiosas
Bogotá, D.C
2019

Rasgos de la espiritualidad mariana presentes en la tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana-Puebla



Iris Denisse Alvarado Fernández

Rina Venezuela Finol Montiel

Arley Andrés López López.

Presentado para optar al título de Licenciatura en Ciencias Religiosas

Directora

Edith González Bernal

Pontificia Universidad Javeriana
Facultad de Teología
Licenciatura en Ciencias Religiosas
Bogotá, D.C
2019

Agradecimientos.

*A Dios, sumo bien y fuente de toda gracia, dedicamos
alegremente este trabajo que con humildad y voluntad hemos realizado.*

*Con gratitud en estas líneas resaltamos con profundo gozo algunos de los rasgos
de la maternidad divina de María y en ellos el profundo amor y respeto que le profesamos
de manera particular; Bendícenos Dios y concédenos que lo que escribimos lo vivamos y
que lo que vivamos lo transmitamos.*

*Nuestra gratitud sincera a la Universidad Javeriana, a quienes han hecho parte de nuestro
proceso académico, familiares, hermanos y hermanas de comunidad, profesores en general
y amigos, de manera especial a aquellos que nos han alentado y animado a continuar en
los momentos difíciles, gracias a que Dios nos los ha puesto en el camino
ahora es posible culminar con alegría este importante proceso; a todos ellos dedicamos los
frutos de esta investigación.*

“La universidad no se hace responsable de los conceptos emitidos por sus alumnos en sus proyectos de grado. Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católica y porque los trabajos no contengan ataques o polémicas puramente personales. Antes bien, que se vea en ellos el anhelo de buscar la verdad y la justicia”. Reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana.

Artículo 23 de la Resolución No. 13 de junio de 1946.

Introducción

La presencia de María en los pueblos latinoamericanos ha sido muy evocada por la Iglesia y los fieles, quienes descubren en ella un refugio, una Madre y una guía que los acompaña continuamente, de manera que no se puede prescindir de María si se quiere hablar de la fe que se vive en estos pueblos, por tanto, cada Conferencia Episcopal Latinoamericana ha tenido que decir algo sobre ella, resaltando el hecho de que en estas tierras el amor y la cercanía con la Madre de Dios son elementos profundamente arraigados en la fe e identidad del pueblo latinoamericano

La relación del pueblo con la Madre de Dios nos permite hablar de una espiritualidad mariana en Latinoamérica a la que han referido diversos autores y a la que Puebla intrínsecamente hace alusión, recordando que esta espiritualidad hunde sus raíces en la devoción popular que ha hecho y hace que fieles e infieles, acudan a la Virgen continuamente y la veneren más allá de cualquier credo. Estos elementos nos llevan a preguntarnos ¿Cuáles son los rasgos de la espiritualidad mariana presentes en la III Conferencia Episcopal Latinoamericana?

El trabajo de investigación que proponemos da un paso más hacia la profundización de la espiritualidad mariana, partiendo de las raíces mismas de la devoción popular, pretende, reflexionar en aquellos elementos propios de la espiritualidad mariana que son puestos de relieve en el documento de Puebla y que la hacen cercana a los hijos de Dios, dicha cercanía se evidencia en la manifestación amorosa del pueblo que, con visitas, peregrinaciones, oraciones y diversas prácticas religiosas hacen honor a la Madre de Dios.

Con este trabajo buscamos reflexionar en torno a la presencia de María en Latinoamérica, adentrarnos en la fe del pueblo creyente que acude a ella, esperando descubrir elementos que mantienen viva la fe en Latinoamérica y enriquecen de esta manera el proceso evangelizador en estas tierras; centraremos la atención en la espiritualidad mariana como la categoría principal e integradora de la presencia de la Virgen María en la III Conferencia Episcopal Latinoamericana.

El estado de arte desarrollado nos lleva a dar cuenta de que se han realizado numerosas investigaciones en torno al tema de la espiritualidad mariana, el padre Antonio Larocca,

recoge la mariología contenida en el Documento de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana, afirmando que es profundamente Mariológico en comparación con conferencias latinoamericanas anteriores y posteriores; el jesuita Antonio González Dorado, en su libro *Mariología Popular Latinoamericana*, muestra a María incorporada e inculturada mestizamente al pueblo latinoamericano y, de una manera especial, a través de la religiosidad popular vivida especialmente por los pobres. En una línea similar, Leonardo Boff en su libro *El Rostro Materno de Dios*, a partir del capítulo XII de dicha obra, presenta una amplia profundización de lo femenino, y a la persona de María, como profeta y liberadora en la experiencia de América Latina.¹

Estos autores juntamente con otros concuerdan en que la espiritualidad mariana es una experiencia que se da entre el cristiano y María, sin embargo, en los pueblos latinoamericanos la realidad muestra que tanto fieles e infieles acuden a la Madre de Dios, muchos de ellos sin adherirse a la religión cristiana, esto evidencia que la espiritualidad mariana traspasa límites y se sitúa como un encuentro entre el hombre y Virgen María en sus distintas advocaciones.

En esta investigación entenderemos como espiritualidad mariana el camino cristiano personal y comunitario que la Virgen María muestra e invita a vivir a través de su persona, es decir, la vivencia espiritual de los rasgos presentes en la figura de la Virgen María que permiten a los fieles un mayor acercamiento a las verdades de la fe, el reconocimiento de la acción salvífica de Dios para con el pueblo y todas aquellas manifestaciones de piedad y veneración a la Madre de Dios que producen o invitan a una transformación personal y social. Los dos grandes rasgos que proceden de esta espiritualidad mariana son la presencia de María como persona, y en su relación con el pueblo, que interpretaremos como elementos que la hacen cercana y accesible a los creyentes.

A partir del documento conclusivo de la Conferencia celebrada en Puebla, pueden distinguirse varias subcategorías que señalan la espiritualidad mariana presente en el pueblo latinoamericano, como lo son: la Virgen María como guía y camino de fe, María esperanza del pueblo Latinoamericano, María modelo y maestra de comunión, María Madre y Protectora, María expresión de la piedad popular, María fuente de amor y libertad.

¹ Boff, *El rostro materno de Dios*, 219.

Nos proponemos como objetivo general identificar los rasgos de la espiritualidad mariana presentes en la III Conferencia Episcopal Latinoamericana para enriquecer el proceso de evangelización de estos pueblos y brindar a los fieles un mayor acercamiento a la espiritualidad mariana propia de los pueblos latinoamericanos. Los objetivos específicos que nos trazamos son: describir los rasgos de la Espiritualidad Mariana presentes en la III Conferencia Episcopal Latinoamericana y en la tradición de la Iglesia, profundizar en los rasgos propios de la Espiritualidad Mariana como la expresión de fe y de celebración del pueblo latinoamericano y brindar pautas que nos permitan acercarnos a la espiritualidad mariana como camino de santificación personal y comunitario.

El método que se utilizará para esta investigación es el hermenéutico, la lectura hermenéutica del documento conclusivo de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana nos acercará a interpretar y formular los rasgos de la espiritualidad mariana presentes en el documento, hacer una diferenciación entre espiritualidad, piedad y religiosidad, y sugerir algunas líneas para integrarse en procesos formativos que contribuyan a la renovación del proceso evangelizador de los pueblos latinoamericanos, tomando en cuenta los aportes que otros textos puedan darnos a este respecto.

Más que una técnica de recolección de datos, se hará una lectura del documento de Puebla, extrayendo los elementos que refieran a la categoría y subcategorías de la espiritualidad mariana, a su vez, se hará un ejercicio de lectura y acercamiento a las fuentes de la espiritualidad mariana que nos permita comprender las raíces de esta espiritualidad en la Iglesia universal y su conexión con la espiritualidad mariana presente en Latinoamérica y de manera particular en el documento de Puebla.

La presente investigación contiene tres capítulos, el primero de ellos abordará las fuentes de la espiritualidad Mariana y la piedad popular en la Iglesia Católica, reconociendo su presencia en la Sagrada Escritura, en las primeras formulaciones de fe y en las orientaciones dadas por la Iglesia; el segundo capítulo abordará los rasgos de la espiritualidad mariana en Latinoamérica y el tercero mostrará la espiritualidad mariana, como camino de santidad para el pueblo Latinoamericano; por último presentaremos las conclusiones a las que hemos llegado con esta investigación.

Contenido

Introducción	5
Capítulo 1. Fuentes de la espiritualidad Mariana y la piedad popular en la Iglesia Católica	9
1.1 Acercamiento al concepto de espiritualidad mariana dentro de la Iglesia Católica	9
1.1.1 María en la Sagrada Escritura	9
1.1.2 María en la Tradición y el Magisterio de la Iglesia	11
1.2 Espiritualidad mariana	17
1.3 La piedad popular	19
1.3.1 La piedad popular como herencia de los pueblos nativos	19
1.3.2 El lugar de María en la piedad de los pueblos latinoamericanos	20
1.3.3 La Iglesia que acompaña la piedad popular del pueblo	22
1.3.4 Lo que enseña la Iglesia sobre la piedad popular	24
1.3.5 La riqueza simbólica de la piedad popular mariana	27
Capítulo 2. Rasgos de la espiritualidad Mariana en Latinoamérica	32
2.1 La veneración y las manifestaciones de piedad del pueblo latinoamericano	35
2.2 La espiritualidad mariana en el Magisterio Latinoamericano previo a Puebla	38
2.3 La espiritualidad mariana presente en la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana	39
2.3.1 María centro de la evangelización latinoamericana	41
2.3.2 María, modelo de espiritualidad y de fe.....	43
2.3.3 María, el rostro materno y misericordioso de Dios.....	44
2.3.4 María, voz de unidad entre el pueblo y Dios	45
2.3.5 La cercanía de María con el pueblo latinoamericano.....	47
2.4 María evangelizadora del pueblo latinoamericano	50
2.4.1 La devoción popular a María en Latinoamérica.....	53
2.4.2 El encuentro con María, expresión de fe y celebración	54
Capítulo 3. Espiritualidad mariana, camino de santidad para el pueblo latinoamericano	56
3.1 Cómo acercarnos a la espiritualidad mariana	57
3.1.1 Conocer a María en la espiritualidad mariana	57
3.1.2 Experimentar la presencia de María en la propia vida	61
3.1.3 Vivir la espiritualidad mariana	64
Conclusiones	67
Bibliografía	69

Capítulo 1

Fuentes de la espiritualidad Mariana y la piedad popular en la Iglesia Católica

En el contexto actual se habla mucho de espiritualidad, se ha convertido en un término muy utilizado en diversos sectores, el mismo puede relacionarse con la fe o desvincularse de ella. Por ello es importante situar la espiritualidad mariana en el contexto histórico de la Iglesia y en su magisterio, para luego comprender como ella se ha ido desarrollando y propagando en el seno de la Iglesia latinoamericana, llegando a tener unas características particulares y situándose en el corazón mismo de la fe de los fieles.

En este sentido, el siguiente capítulo hará un acercamiento a la espiritualidad mariana en la Iglesia católica, situándola en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia; mostrará los rasgos de la espiritualidad mariana en Latinoamérica, partiendo del proceso evangelizador de la conquista y los documentos de las Conferencias Episcopales Latinoamericanas previas a Puebla.

Acercamiento al concepto de espiritualidad mariana dentro de la Iglesia Católica

Para poder ahondar en el concepto de la espiritualidad mariana dentro de la Iglesia Católica, es necesario caer en la cuenta de que está intrínsecamente ligada a la historia de salvación, al nacimiento y crecimiento de la Iglesia; lo que ha permitido encontrar en María un modelo de fe y una espiritualidad que lleva al conocimiento y acogida del plan del Padre, por medio del Hijo y la acción del Espíritu Santo.

1.1.1 María en la Sagrada Escritura

La figura de la Virgen María dentro de la Iglesia ha sido preminente a lo largo de su historia, ya en el Antiguo Testamento se hace un preanuncio de su papel en la historia de la salvación; y en los evangelios, juntamente con los hechos de los apóstoles, ella aparece como María, la madre de Jesús o su madre, mientras que en los otros escritos del Nuevo Testamento no se hace una alusión explícita sobre ella.

Los libros del Antiguo Testamento narran la historia de la salvación, en la que paso a paso se prepara la venida de Cristo al mundo. Estos primeros documentos, tal como se leen en la Iglesia

y tal como se interpretan a la luz de una revelación ulterior y plena, evidencian poco a poco, de una forma cada vez más clara, la figura de la mujer Madre del Redentor. Bajo esta luz aparece ya proféticamente bosquejada en la promesa de victoria sobre la serpiente, hecha a los primeros padres caídos en pecado (cf. Gen 3, 15). Asimismo, ella es la Virgen que concebirá y dará a luz un Hijo, que se llamará Emmanuel (cf. Is 7,14; comp. con Mi 5, 2-3; Mt 1, 22-23). Ella sobresale entre los humildes y pobres del Señor, que confiadamente esperan y reciben de Ella salvación. Finalmente, con ella misma, Hija excelsa de Sión, tras la prolongada espera de la promesa, se cumple la plenitud de los tiempos y se instaura la nueva economía, al tomar de ella la naturaleza humana el Hijo de Dios, a fin de librar al hombre del pecado mediante los misterios de su humanidad.²

En el evangelio de San Marcos, poco se menciona a la Virgen. “Una sola vez encontramos en Marcos el nombre de “María” para designar a la madre de Jesús (6,3), aunque es nombrada otras dos veces como “su madre” (3, 31.32). La primera vez que se alude a ella es cuando se acerca a Jesús, acompañada de los hermanos de éste (3, 31-35).”³

Entre todos los evangelios es el de Marcos que deja a María en un plano más modesto. Pero también en este evangelio, aparece ella con insistencia como “la Madre de Jesús”, cuyo comportamiento viene determinado por su relación maternal con él.⁴

Por otra parte, Mateo además de mencionar a María como lo hace Marcos, también la incluye al final de la genealogía de Jesús al decir “... Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo” (Mt. 1, 16). Al describir el origen de Jesús, incluye también la virginidad de María y la acción del Espíritu Santo sobre ella. “Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de vivir ellos juntos, se encontró que estaba embarazada por obra del Espíritu Santo” (1, 18). “En el Evangelio de Lucas, al contrario de Mateo, la figura de María destaca sobre la de José, su esposo. Y si en Mateo, ni María ni José hablan, en Lucas no sólo se habla de y a María, sino que también ésta habla en diversas ocasiones”.⁵

Así en Lucas encontramos a María en los dos primeros capítulos de su evangelio y más adelante se menciona como la “madre” en el capítulo 8, 19-21, cuando se le anuncia a Jesús

² Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia”, N° 55.

³ Stock, “María en el evangelio de San Marcos,” 111.

⁴ *Ibid.*, 117.

⁵ Peláez, “María, la madre de Jesús en los evangelios sinópticos”.

“Tu madre y tus hermanos están ahí fuera y quieren verte”, su respuesta como en el evangelio de Marcos viene a ser la misma “Mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen”, comprendiendo que María ha de ser la madre no solo por haberlo engendrado sino también por cumplirse en ella los designios de Dios. Peláez, continuará diciendo:

... dentro de esta reelaboración de la figura de María que hace Lucas, en el libro de los Hechos, segunda parte de su obra se presenta a María, reunida con los once y las mujeres, después de la ascensión de Jesús y antes de la venida del Espíritu Santo: todos ellos perseveraban unánimes en la oración con las mujeres, además de María, la madre de Jesús y sus parientes (Hch 1,14).⁶

En el evangelio de San Juan, María aparece como la madre de Jesús en dos pasajes, las bodas de Caná y junto a la cruz, Bojorge dirá al respecto que, en Juan, ella acompaña a Jesús durante toda su vida.

Caná y el Calvario constituyen una gran inclusión mariana en el evangelio de San Juan. Encierran toda la vida pública de Jesús como entre paréntesis. Son como un entrecomillado mariano de la misión de Jesús. Abarcan como con un gran abrazo materno –discretísimo, pero a la vez revelador de una plena comprensión y compenetración entre Madre e Hijo– toda la vida pública de Jesús desde su inauguración en Caná hasta la consumación en el Calvario.⁷

De manera que los evangelios dan cuenta de la presencia de María desde los inicios del cristianismo; la Iglesia naciente tiene conciencia de su existencia, ya sea llamándola por su nombre o simplemente como la Madre de Jesús, lo que se prolongará a lo largo de la historia del cristianismo.

1.1.2 María en la Tradición y el Magisterio de la Iglesia

Cuando el cristianismo empieza a formular las profesiones de fe cristológicas, la figura de María se hace presente, así encontramos que en el texto símbolo del bautismo aparece: *Credis in Christum Iesum, Filium Dei, qui natus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine, et crucifixus*

⁶ Ibíd.

⁷ Bojorge, “La Virgen María en los evangelios”, 134

*sub Pontio Pilato...*⁸ (creo en Jesucristo, hijo de Dios, nacido de María Virgen por obra del Espíritu Santo, que fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato...).

Aldana retomara parte del texto símbolo utilizado para el bautismo para indicar: “Tenemos aquí una expresión compendiada de la primera mariología cristiana, tal como existía a principios del siglo III. En ella se introduce a María como madre de Jesús; del mismo Jesús que es el Hijo de Dios y es el Jesús histórico de nuestros evangelios”.⁹ Dicho símbolo da cuenta de que el lugar que es dado a María es con relación a su Hijo, así ella es la madre y también la Virgen por la intervención del Espíritu Santo en la concepción de Jesús.

De manera que en los primeros siglos cuando se empiezan a realizar las fórmulas de fe, aparecen los elementos mariológicos como “la maternidad verdadera de María y su carácter virginal”.

La verdadera maternidad está patente. Jesús se dice *ex María, natus ex María*, como en cuyo seno ha tomado carne la maternidad virginal ha quedado en la expresión casi estereotipada ya, *Virgo María* pero además se trasluce en la aplicación que enlaza el hecho de que la Encarnación en el seno de María (*carnem factum in utero eius*) y el de su verdadera maternidad (*ex ea natus*) con la acción positiva del Espíritu Santo, expresada con evidente remanencia de Lc. 1,35 (*Verbum...delatum ex Spíritu Patris Dei et virtute in Virginem Mariam*). Se afirma, pues, ambos extremos, por más que el acento se cargue sobre la verdad de la maternidad más que sobre su carácter virginal.¹⁰

Aldama, continuará diciendo que, aunque ausente muchas veces el nombre de María en las formulaciones de fe realizadas antes de Tertuliano, como la de San Ireneo, Trifón, y Justino, se sigue subrayando la maternidad y el carácter virginal de María que además expresará la acción del Espíritu Santo, recalcando la intervención divina en la concepción de Jesús.¹¹

En la fórmula de San Justino unida al exorcismo se aprecia, “en el nombre de este mismo Hijo de Dios y primogénito de toda creatura, y nacido de una virgen y hecho hombre pasible”.¹² Aquí se une la maternidad de la madre de Jesús y su virginidad, por medio de la

⁸ Aldama, *María de la Patrística de los siglos I y II*, 8.

⁹ *Ibíd.*, 9.

¹⁰ *Ibíd.*, 12.

¹¹ Aldama, *María en la Patrística de los siglos I y II*, 21.

¹² *Dialogus* 85,2, citado por Aldama, *María de la Patrística de los siglos I y II*, 17.

intervención divina, “reconocemos inmediatamente la fe en el nacimiento virginal de Jesús: éste tiene una madre humana, verdadera madre en la que realmente nació; pero, al mismo tiempo, esa madre es una madre virgen, madre fuera de las leyes naturales y por virtud de Dios”.¹³

Para la Iglesia naciente, María siempre ha de estar unida a Jesús, se ve en ella a la madre y se comprende la relación existente con el Hijo y su obra, “se considera que ella introdujo a su Hijo en el sentido y las honduras de la religión de Israel, no importa lo sencillas que fueran las palabras con las que lo hizo. El “Magnificat” indica hasta qué punto vive ella del centro de esa tradición”.¹⁴

En María la Iglesia descubre la manifestación divina de la Santísima Trinidad, es el anuncio del ángel donde el Padre, la saluda llamándola “llena de gracia”, el Hijo se encarna en ella por medio de la acción del Espíritu, y su respuesta es la confirmación de la fe de sus antepasados que encuentra en ella la plenitud de la entrega, al no estar condicionada, se ofrece en su totalidad para que Dios haga en ella lo que se ha dicho, así se reconoce como “Esclava del Señor”.

La Trinidad de Dios se debe dar a conocer en la humanización del Hijo, pero no con una explicación sólo verbal, como se promulgaron las leyes de Dios en el Sinaí, sino además con un cumplimiento existencial en el ser humano perfecto y arquetípicamente creyente. Es la fe veterotestamentaria que arranca en Abraham la que en su consumación participa en esta experiencia trinitaria, que por consiguiente ha de convertirse en el punto de partida de una experiencia de fe neotestamentaria y eclesial, y eso en la existencia de María misma.¹⁵

María es por antonomasia madre y prototipo de la Iglesia, cuando en el evangelio de San Juan se le confía al discípulo amado el cuidado de la madre, ella se convierte en madre de todos los discípulos de Jesús, y así madre de la Iglesia por la cual de ahora en adelante velará, y acompañará como lo hizo en Pentecostés, “con ello Jesús regala a la Iglesia ese centro o cima que encarna de forma inimitable, pero a la que siempre hay que aspirar, la fe de la nueva comunidad: el sí inmaculado, ilimitado, a todo el plan divino de salvación para el mundo”.¹⁶

¹³ Aldama, *María de la Patrística de los siglos I y II*, 17.

¹⁴ Ratzinger y von Balthasar, *María Iglesia naciente*, 80.

¹⁵ *Ibíd.*, 83.

¹⁶ *Ibíd.*, 86.

La Iglesia ve en María una unión indivisible con el Hijo, toda la espiritualidad o carácter modélico que de ella puede surgir se da en esa relación “ambos muestran plásticamente cómo Dios y el hombre se relacionan ente sí en la Alianza que el Dios eterno quiere establecer en libertad con los hombres”.¹⁷

De aquí se comprende que la piedad mariana sea un reflejo de lo que dicen de ella los evangelios, y a la inversa, es decir, la piedad mariana es corroborada en los evangelios, pues de esta manera permanecerán en consonancia con la fe profesada, “las oraciones marianas empleadas en la mayoría de los casos hacen además continuamente referencia al nexo, tanto con Cristo y Dios, como con la Iglesia”.¹⁸

La veneración de María es el camino más seguro y más corto para llevarnos a una cercanía concreta con Cristo. En la meditación de su vida en todas sus fases aprendemos lo que significa vivir para Cristo y con Cristo en lo cotidiano, con un realismo que está privado de toda efusión, pero conoce una perfecta intimidad. Contemplando la existencia de María, nos doblegamos también a la oscuridad que se impone a nuestra fe; aprendemos, no obstante, que siempre hemos de estar preparados cuando Jesús exige repentinamente algo de nosotros.¹⁹

Dicha piedad y veneración deben llevar al cristiano a la imitación de las virtudes de María, de manera que, viéndola a ella, el cristiano pueda responder mejor a la voluntad de Dios “pues María nos sale al encuentro en muchas situaciones diferentes: como la mujer valerosa en la huida a Egipto, como la modesta y eficaz ama de casa, la contemplativa en el silencio [...] como la intercesora en favor de los pobres que ya no tienen vino”.²⁰

La piedad mariana entra necesariamente en el dinamismo de la santidad cristiana. Puesto que «Cristo es el modelo supremo al que el discípulo debe conformar la propia conducta hasta lograr sus mismos sentimientos (cfl. Fil 2,5)», María tiene como «misión» propia «reproducir en los hijos los rasgos espirituales del Hijo primogénito» (MC 57). Se trata de vivir el bautismo y el misterio pascual con las actitudes de María respecto a Cristo.²¹

¹⁷ *Ibíd.*, 89.

¹⁸ *Ibíd.*

¹⁹ *Ibíd.*, 92.

²⁰ *Ibíd.*, 95

²¹ Esquerda, “María y nuestra vida espiritual,” 46.

El Magisterio de la Iglesia también ha acompañado y orientado la devoción y veneración tributada a la Madre de Dios así, el Concilio de Éfeso, la Constitución *Lumen Gentium* del Concilio Vaticano II, la Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, la Carta Encíclica *Redemptoris Mater*, la Exhortación Apostólica *Signum Magnum*, son algunos de los documentos orientadores que nos permiten ver el papel de la Virgen María dentro de la economía de la Salvación.

Los primeros símbolos de la fe y sucesivamente las fórmulas dogmáticas de los Concilios de Constantinopla (a. 381), de Éfeso (a. 431) y de Calcedonia (a. 451) atestiguan la progresiva reflexión sobre el misterio de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y paralelamente el progresivo descubrimiento del papel de María en el misterio de la Encarnación: un descubrimiento que llevó a la definición dogmática de la maternidad divina y virginal de María.²²

El concilio de Éfeso celebrado en el año 431 definió el dogma de la Maternidad divina, llamando a María la “*Theotokos*”, con el título de la “Madre de Dios”, la Iglesia condenaba la doctrina de Nestorio que negaba la maternidad divina. En la Bula *Ineffabilis Deus*, proclamada por el Papa Pío IX, en 1854, se decretaba el dogma de la Inmaculada Concepción, que será confirmado con la Perpetua Virginidad que afirma el Concilio Vaticano II en la Constitución Dogmática *Lumen Gentium*. El Papa Pío XII, en 1950, en la Constitución *Munificentissimus Deus*, declara el dogma de la Asunción de la Madre de Dios: “La Inmaculada Madre de Dios, la siempre Virgen María, habiendo completado el curso de su vida terrenal, asumió cuerpo y alma en la gloria celestial”.²³

En la *Marialis Cultus*, encontramos:

La piedad hacia la Madre del Señor se convierte para el fiel en ocasión de crecimiento en la gracia divina: finalidad última de toda acción pastoral. Porque es imposible honrar a la "Llena de gracia" (Lc 1, 28) sin honrar en sí mismo el estado de gracia, es decir, la amistad con Dios, la comunión en El, la inhabitación del Espíritu. Esta gracia divina alcanza a todo el hombre y lo hace conforme a la imagen del Hijo (cf. Rom 2, 29; Col 1, 18). La Iglesia católica,

²² Congregación para la Educación Católica, “*La Virgen María en la formación Intelectual y Espiritual*,” N° 2.

²³ Pío XII, “Constitución apostólica *Munificentissimus Deus* sobre el dogma de la Asunción”, N°44.

basándose en su experiencia secular, reconoce en la devoción a la Virgen una poderosa ayuda para el hombre hacia la conquista de su plenitud.²⁴

Mientras que la encíclica *Redemptoris Mater* nos recordará:

La dimensión mariana de la vida de un discípulo de Cristo se manifiesta de modo especial precisamente mediante esta entrega filial respecto a la Madre de Dios, iniciada con el testamento del Redentor en el Gólgota. Entregándose filialmente a María, el cristiano, como el apóstol Juan, « acoge entre sus cosas propias » a la Madre de Cristo y la introduce en todo el espacio de su vida interior, es decir, en su « yo » humano y cristiano: « La acogió en su casa » Así el cristiano, trata de entrar en el radio de acción de aquella « caridad materna », con la que la Madre del Redentor « cuida de los hermanos de su Hijo », «a cuya generación y educación coopera » según la medida del don, propia de cada uno por la virtud del Espíritu de Cristo. Así se manifiesta también aquella maternidad según el espíritu, que ha llegado a ser la función de María a los pies de la Cruz y en el cenáculo.²⁵

Sobre todos estos elementos que la Tradición y la Doctrina de la Iglesia han venido desarrollando a lo largo de su historia, se fundamenta la espiritualidad mariana que permite al cristiano vivir en correspondencia con la fe en Cristo Jesús, siguiendo el ejemplo de su madre. “La espiritualidad Mariana y la Espiritualidad Cristiana son inseparables, como María es inseparable de Cristo. La Espiritualidad Mariana no está en paralelo o en competencia con la Espiritualidad Cristiana, sino que es un elemento intrínseco, indispensable, de la misma”.²⁶

En concordancia con todo lo expuesto hasta este punto, se puede afirmar que la espiritualidad mariana forma parte de la identidad de la Iglesia, María representa y es en sí misma el prototipo del creyente, del fiel que acoge el designio de Dios en su vida con total disponibilidad y entrega de sí mismo; los evangelios y las primeras profesiones de fe dan cuenta de cómo la Iglesia comprende que Jesús se hace hombre como nosotros al encarnarse en el seno de la Virgen María, así mismo, ve en su vida una forma de acercarse a la verdad revelada, por ello no prescinde de ella sino que la toma como modelo, camino para acercarse a Jesucristo y a su designio de amor.

²⁴ Pablo VI, “Exhortación apostólica *Marialis Cultus*,” N°57.

²⁵ Juan Pablo II, “Carta encíclica *Redemptoris Mater*, sobre la bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia Peregrina”, N°45.

²⁶ Flores, “La espiritualidad Mariana”, 9.

La presencia de María en la Tradición y el Magisterio de la Iglesia nos permite hablar de una espiritualidad mariana, como un itinerario de fe que consiste en escuchar, conocer, acoger y cumplir la voluntad de Dios que se ha revelado por medio de Jesucristo; su vida es un reflejo de esa relación intrínseca con el Padre, el Hijo y el Espíritu, en ella hemos de encontrar el modelo para relacionarnos con Dios, puesto que su vida, como ya hemos mencionado antes, está íntimamente ligada a la de su Hijo Jesucristo y sólo se comprende en esa relación.

La espiritualidad mariana es un medio que permite a los fieles que se acogen a la Madre de Dios, acercarse más a Jesucristo y a la meditación de su vida; las oraciones que son elevadas a María son siempre una alabanza tributada a la Trinidad, y por ende, un anuncio del cumplimiento de las promesas de Dios para con su pueblo, al que continúa acompañando y por medio de María se sigue encarnando en el corazón de los fieles.

1.2 Espiritualidad mariana

La espiritualidad mariana, antes de ser una doctrina, es un camino personal y comunitario, una experiencia de vida y de fe. Como toda espiritualidad verdaderamente cristiana es y se desarrolla en perfecta comunión con otras espiritualidades también cristianas.

Hay sólo una espiritualidad cristiana, de cuya inagotable fuente brotan caminos de encuentro, comunión y salvación. Ella se convierte para nosotros en una vida sobrenatural experimentada por todos en el seno de la Iglesia como regalo de la misma gracia divina. En este sentido, es posible y legítimo hablar de diferentes "espiritualidades" dentro de esta única espiritualidad cristiana, estas han ido surgiendo a lo largo de la historia de la Iglesia como consecuencia de la extraordinaria riqueza de la vida que Cristo nos da y de la multiplicidad de gracias que el Espíritu Santo derrama sobre la Iglesia.

La espiritualidad mariana es de gran importancia y valor para los cristianos; pues como hemos afirmado, no es una doctrina sino una senda amplia y profunda para seguir a Cristo en la vida de la Iglesia por medio del ejemplo y ánimo que nos da la Virgen María. Prueba de esto, es la consigna bíblica de las bodas de Caná, cuando ella dice a los sirvientes “hagan lo que él les diga” (Jn 2, 5).

Así como María es inseparable de Cristo, en cuanto a que no se puede entender a María aislada del acontecimiento de la Salvación realizada en Cristo, la espiritualidad mariana y la

espiritualidad cristiana son inseparables. La primera nos quiere llevar siempre a la segunda. Entre ambas no se presenta un paralelo o una competencia. La espiritualidad mariana es auténtica garantía de una espiritualidad cristiana. Es la Madre que nos conduce al Hijo en busca de nuestra salvación dentro del itinerario espiritual que emprendemos en nuestro peregrinaje hacia el paso escatológico.

La espiritualidad mariana pertenece a toda la Iglesia, y siempre ha estado presente a lo largo de su historia. La relación con la Madre, que el Hijo de Dios se escogió para sí mismo y que, como muestra de amor y donación nos la entregó, es parte del ser cristiano. No hay vida espiritual en cuyo desarrollo no actúe la Madre de Dios como propiciadora del encuentro. Prueba de ello es que, como lo recuerda el documento conclusivo de la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, María abrió las puertas de la mente y del corazón de los pueblos nativos, permitiendo así el ingreso del Evangelio en la cultura de los pueblos precolombinos. Abonó el terreno para que la fe en su Hijo se arraigara con gran fuerza.²⁷

Estos rasgos intrínsecos de la espiritualidad mariana nos llevan a encontrar en ella, como recordábamos en el pasaje de las bodas de Caná líneas arriba, un itinerario de vida en el espíritu de aquel que nos ha amado. Cuando acudimos a María en la oración, debemos recordar que: la eficacia y autenticidad espiritual de un momento de oración se ven en su efectiva capacidad de orientar y motivar otro estilo de vida en la actividad, en relación con los demás y con el mundo²⁸. Bien narra el evangelio de San Lucas (1, 26-45), pues muestra la diligencia de María en relación con lo que ha vivido en la oración. Después de hablar con el ángel y de escuchar la voluntad del Señor, sale en camino para visitar a Isabel. Esto es el claro reflejo de una espiritualidad mariana. Cualquier piedad mariana, si quiere ser católica, tampoco puede aislarse, sino que debe tener una inserción y orientación cristológica (y con ello trinitaria) y también escatológica.²⁹

²⁷ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Puebla sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*, N°. 168.

²⁸ Fernández y Galli, *Teología Y Espiritualidad*, 16.

²⁹ Ratzinger y von Balthasar, *María Iglesia naciente*, 89.

1.3 La piedad popular

Existen dos vocablos, uno inglés y el otro alemán, que permiten un acercamiento más enfático al tema de lo popular en la religión. “Folklore” y “Volksgeist” ambos términos apuntan a comprender al pueblo como una realidad que posee un alma, una conciencia colectiva, como una sustancia esencial. Desde esta perspectiva el pueblo conforma una colectividad -de ahí que no sea una masa ni un conglomerado-. Este principio termina encarnándose en lo que se denomina “cultura”; esta a su vez, se describe por sus diversos elementos.

La lengua es la portadora de una cosmovisión; las costumbres son la forma de reaccionar en relación con determinadas situaciones; el sistema de creencias y la patria son un ámbito espacial, y todos estos elementos forman en conjunto la base para la manifestación religiosa. Lo popular es lo opuesto a todo aquello que es oficial, lo contrario a lo que proviene de una autoridad en cierto modo exterior al grupo. Dígase, por ejemplo, a las tradiciones rituales precolombinas que tuvieron que afrontar los misioneros llegados al Nuevo Mundo. Lo popular es lo espontáneo, lo natural, lo primigenio. En el fondo hablamos, y en cierta medida, del animismo presente en la historia de las civilizaciones.

1.3.1 La piedad popular como herencia de los pueblos nativos

La aproximación de los diferentes pueblos latinoamericanos a la fe viene o llega a través de la conquista del llamado Nuevo Mundo por parte de los europeos. Con su llegada arribaron los misioneros católicos, que, en su afán de extender el Reino de Cristo, empezaron a proclamar la Buena Nueva de salvación.

En este sentido, la visión de una piedad popular propia en el continente latinoamericano emerge desde lo más profundo de su cultura y experiencia. Toda la tradición se encontró con el don de la fe, y como resultado, surgen en los diferentes pueblos un sinnúmero de fiestas en torno a la piedad popular. El documento conclusivo de la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana subraya que: “Nuestra Evangelización está marcada por algunas preocupaciones particulares y acentos más fuertes: la redención integral de las culturas,

antiguas y nuevas de nuestro continente, teniendo en cuenta la religiosidad de nuestros pueblos.”³⁰

De esta manera se nos permite leer entre sus líneas, la preocupación existente en la Iglesia, por llevar a buen término la obra y misión encomendada por Cristo. Como dice Mircea Eliade:

A través de este proceso continuo de asimilación de la herencia religiosa precristiana y gracias a la integración en la vida eclesial de las grandes imágenes mitológicas se alcanza la gran universalización del mensaje cristiano. Los grandes símbolos primordiales de la fe (la cruz como árbol de vida, la sangre, el agua, el baño, el pan, el vino...) prolongan y desarrollan los grandes símbolos de las religiones no cristianas.³¹

Desde esta perspectiva, la inculturación de la fe, y la intervención divina en la historia del continente latinoamericano, nos llevan a contemplar rasgos claros y evidentes de una marcada piedad popular. Ya no se adora a la naturaleza, la religión ha enseñado el camino de la devoción y la piedad. Las diferentes celebraciones religiosas giran en torno a esto.

1.3.2 El lugar de María en la piedad de los pueblos latinoamericanos

Por su parte, María ha ocupado un lugar privilegiado en el ámbito de la fe cristiana desde sus inicios en nuestro continente. Es difícil encontrar datos acerca de lo “popular” en relación con la devoción mariana, y sus expresiones iniciales. La pista principal para detectar lo mariano en lo popular, nos la proporcionan los santuarios. La dedicación de santuarios a María a lo largo de nuestro continente alimentó y alimenta desde hace algunos siglos la presencia de esta piedad en torno a la madre del Salvador.³²

La reflexión sobre las apariciones, curaciones y milagros ya sea de la Virgen de Guadalupe, de la negra Aparecida, o de alguna advocación mariana en el continente latinoamericano, marcan una pauta fundamental en el modo de asimilar la fe. El pueblo latinoamericano es cristiano y profundamente mariano, esto atraviesa la devoción de nuestros pueblos.³³

³⁰ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, *Puebla* sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, N° 343.

³¹ Eliade, *Historia de las creencias y de las ideas religiosas II*, 391.

³² Maldonado, *Introducción a la religiosidad popular*, 73.

³³ Gebara y Bingemer, *María, Mujer profética*, 179.

La veneración a un ser humano, como lo fue María, de ninguna manera se ha de confundir con la adoración que se tributa sólo a Dios.³⁴ Sin embargo, esta veneración dirigida a María se ha de entender como aquel camino de fe que se recorre hacia el paso escatológico del hombre en su deseo por llegar a Dios. La auténtica piedad mariana es aquella que recoge el ejemplo de María y lo practica en orden a la santificación de la fe en los pueblos a ella consagrados.

Esta cercanía de María con el pueblo queda bien expresada en las palabras de Joseph Ratzinger y Von Balthasar, en su opúsculo sobre María, *Iglesia naciente*: “En todas las épocas ha habido en la Iglesia apariciones de María; sin embargo, es llamativo que a partir del siglo XIX se acentúa una precedencia de María”³⁵. La presencia de María a lo largo de la historia demarca un rasgo fundamental en la mente de los creyentes latinoamericanos, es la Madre quien nos acompaña. Y claro ejemplo de esta figura maternal es el acercamiento que la Guadalupana tiene con Juan Diego en el Tepeyac: ¿Acaso no estoy yo aquí, que soy tu Madre?³⁶

Finalmente, el documento conclusivo de Puebla reflexiona en torno a este acontecimiento de la fe en los pueblos del Nuevo Mundo. Es clara la perspectiva de comunión que se ha de tener y conservar siempre en estas religiosidades populares. Todo genuino testimonio, y toda viva manifestación de piedad, han de estar dirigidos a Cristo y por él a Dios.³⁷ En consecuencia, el documento reconoce un factor determinante en la fe de los pueblos latinoamericanos: “la piedad mariana ha sido, a menudo, el vínculo resistente que ha mantenido fieles a la Iglesia sectores que carecían de atención pastoral adecuada”.³⁸

Con María, en la mente de los latinoamericanos, el Evangelio se hace carne y corazón en estas tierras. “Ésta es la hora de María, tiempo de un nuevo Pentecostés que ella preside con su oración, cuando, bajo el influjo del Espíritu Santo, inicia la Iglesia un nuevo tramo en su peregrinar. Que María sea en este camino «estrella de la Evangelización siempre renovada”.³⁹

³⁴ Ratzinger y von Balthasar, *María Iglesia naciente*, 89.

³⁵ *Ibíd.*, 96.

³⁶ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*”, N° 282.

³⁷ *Ibíd.*, N° 217.

³⁸ *Ibíd.*, N° 284.

³⁹ *Ibíd.*, N° 303.

1.3.3 La Iglesia que acompaña la piedad popular del pueblo

Las manifestaciones de piedad popular se refieren concretamente a la forma de expresar por medio de ritos, oraciones, signos y celebraciones, una forma determinada de relacionarse con Dios –y con todo lo que implica el sentido sobrenatural de la palabra; la Virgen María y los Santos.

En lo que concierne a la piedad popular, hemos de decir que en ella descubrimos el profundo amor que los pueblos latinoamericanos tienen a María. Las celebraciones en torno a sus fiestas, las peregrinaciones a los santuarios marianos, la devoción tan extendida a lo largo de los pueblos amerindios son manifestación de ese amor.

No se puede olvidar que, una verdadera religiosidad es aquella que se fundamenta en la interiorización de la vida en torno al seguimiento de Cristo desde la mirada de María. Una persona religiosa, en los sentidos descritos anteriormente, será cada vez más espiritual si ahonda en las motivaciones que le mueven a actuar; ser espiritual o tener una espiritualidad es darle contenido a lo que se hace religiosamente; es darle base a una forma. La espiritualidad es como el motor de la persona religiosa.

La espiritualidad y el obrar cotidiano no han de separarse o vivirse aisladamente, pues se corre el riesgo de caer en un ritualismo, por una parte, o en una vida sólo de lo interior, de lo mío y de todo aquello que solo a mí me incumbe. Hay pues una relación intrínseca entre lo religioso y lo espiritual, de tal manera que la espiritualidad debe ser religiosa y la religiosidad, espiritual.

En las celebraciones litúrgicas la Iglesia expresa el contenido de su fe. Es el pueblo que se reúne públicamente para elevar su acción de gracias al Todopoderoso. A lo largo de estos dos milenios, la Iglesia ha acompañado al pueblo con sus celebraciones. Sin embargo, estas se han ido consolidando con el caminar de la Iglesia y sus reflexiones teológicas en torno a la fe, los debates cristológicos, soteriológicos y trinitarios.

De todos estos aspectos doctrinales, emergen desde lo más profundo de la Iglesia, las celebraciones que alimentan y sostienen la piedad y la devoción del pueblo creyente. En referencia a María, la más antigua es la fiesta de la “Memoria de María” que aparece aproximadamente en el año 431, a la par con las asambleas del Ecuménico concilio de Éfeso.

Otra fiesta marial que sobresale es la de la “Natividad de María”; son antiguas las tradiciones que avalan esta festividad, del siglo V y VI después de Cristo. Por otra parte, podemos ver la fiesta de la “Dormición o Asunción de María” testimoniada ya entre los años 582 y 602 por el historiador bizantino Nicéforo Calixto, durante el reinado del emperador Mauricio. Tardíamente aparece la celebración de la “presentación de María en el Templo” testimoniada en el siglo VIII en Constantinopla. Por último, la fiesta de la “Concepción de María” situada en el siglo VIII, también, siendo el testimonio de ella una homilía recogida de Juan de Eubea.⁴⁰

Estas fiestas, instituidas en muchas ocasiones por la piedad del pueblo, acompañan de modo inherente la vida de la Iglesia. Ellas reflejan el amor del pueblo y la devoción que guardan en la viva tradición de la Iglesia a la que ellos han sido incorporados por la gracia del Señor.

Estos testimonios, a los que aquí nos referimos, toman el nombre debido a su aparición paralela en la fe de la Iglesia. Estos no han sido fruto de reflexiones teológicas dentro de los grandes concilios, pero se han reconocido como obra de Dios a través de su Espíritu que revolotea en el corazón de los creyentes.

El rezo del Santo Rosario, de los quince misterios –veinte, después del año 2000– y el ángelus, manifiestan dentro de la tradición de la Iglesia, la presencia de María en la fe de los creyentes. Fue en la segunda edad media cuando se consolidaron en occidente varias devociones que mancomunaban un aspecto esencial: la oración del *Ave María* o la salutación angélica. En este sentido, floreció también el rezo de las letanías, no antes del siglo XVI. Por su parte el mes mariano, impulsado por los dominicos, alcanza la aprobación eclesial en el año 1821, tras una larga trayectoria de devoción popular.⁴¹

Podríamos concluir, que la piedad popular nace junto con la estructura teológico-dogmática de la Iglesia. Esta es la manifestación de una presencia viva de María en la piedad y devoción del pueblo; un pueblo que reconoce en María a la madre del Salvador y que se siente acompañado por ella en cada celebración que realiza. Es María el ejemplo y motor de la

⁴⁰ Cerbelaud, *María. Un itinerario dogmático*, 105-112.

⁴¹ *Ibid.*, 138-142.

espiritualidad, ella nos lleva –en medio de las manifestaciones de la religiosidad popular– al encuentro de Cristo su Hijo.

1.3.4 Lo que enseña la Iglesia sobre la piedad popular

La Iglesia no ha sido indiferente a la piedad popular y su riqueza, sobre todo en las últimas décadas, en las que ha cobrado gran relevancia; motivo por el cual, la piedad popular ha ocupado un espacio en las Conferencias Episcopales Latinoamericanas. Durante un largo periodo de tiempo, la piedad popular había sido vista con sospecha, afirmando frecuentemente que era expresión de la ignorancia, palabras que aún se repiten en la boca de muchos, sin embargo, la iglesia latinoamericana, así como la universal, ha hecho un llamado a su revaloración.

La Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos publicó en el año 2002 el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia. Dicho documento ha favorecido la reflexión, así como posturas de mayor apertura a la piedad popular. Además, beneficia la clarificación de los términos que ahora nos convocan.

El Directorio arriba citado, describe a partir de su numeral 6, el significado usual de los términos: ejercicio de piedad, devociones, piedad popular y religiosidad popular.⁴²

El ejercicio de piedad designa aquellas expresiones públicas o privadas de la piedad cristiana que, aun no formando parte de la Liturgia, están en armonía con ella, respetando su espíritu, las normas, los ritmos; por otra parte, de la Liturgia extraen, de algún modo, la inspiración y a ella deben conducir al pueblo cristiano. Algunos ejercicios de piedad se realizan por mandato de la misma Sede Apostólica, otros por mandato de los Obispos; muchos forman parte de las tradiciones culturales de las Iglesias particulares y de las familias religiosas. Los ejercicios de piedad tienen siempre una referencia a la revelación divina pública y un trasfondo eclesial: se refieren siempre, de hecho, a la realidad de gracia que Dios ha revelado en Cristo Jesús y, conforme a las “normas y leyes de la Iglesia” se desarrollan “según las costumbres o los libros legítimamente aprobados”.⁴³

⁴² Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y Orientaciones”, N°. 6-10.

⁴³ *Ibíd.*, N° 7

Un ejercicio de piedad es una expresión pública de fe que no forma parte de la liturgia, pero pertenece a la vida de la Iglesia y va en sintonía con la revelación, ejemplo de ello son las peregrinaciones; las devociones por otro lado refieren a la relación del creyente con la divinidad, misma que se manifiesta en prácticas y signos exteriores.

Las devociones son diversas prácticas exteriores (por ejemplo: textos de oración y de canto; observancias de tiempos y visitas a lugares particulares, insignias, medallas, hábitos y costumbres), que, animados de una actitud interior de fe, manifiestan un aspecto particular de la relación del fiel con las Divinas Personas, o con la Virgen María en sus privilegios de gracia y en los títulos que lo expresan, o con los Santos, considerados en su configuración con Cristo o en su misión desarrollada en la vida de la Iglesia.⁴⁴

El término “piedad popular”, designa aquí las diversas manifestaciones culturales, de carácter privado o comunitario, que en el ámbito de la fe cristiana se expresan principalmente, no con los modos de la sagrada Liturgia, sino con las formas peculiares derivadas del genio de un pueblo o de una etnia y de su cultura. La piedad popular, considerada justamente como un “verdadero tesoro del pueblo de Dios”, “manifiesta una sed de Dios que sólo los sencillos y los pobres pueden conocer; vuelve capaces de generosidad y de sacrificio hasta el heroísmo, cuando se trata de manifestar la fe; comporta un sentimiento vivo de los atributos profundos de Dios: la paternidad, la providencia, la presencia amorosa y constante; genera actitudes interiores, raramente observadas en otros lugares, en el mismo grado: paciencia, sentido de la cruz en la vida cotidiana, desprendimiento, apertura a los demás, devoción”.⁴⁵

La realidad indicada con la palabra “religiosidad popular”, se refiere a una experiencia universal: en el corazón de toda persona, como en la cultura de todo pueblo y en sus manifestaciones colectivas, está siempre presente una dimensión religiosa. Todo pueblo, de hecho, tiende a expresar su visión total de la trascendencia y su concepción de la naturaleza, de la sociedad y de la historia, a través de mediaciones culturales, en una síntesis característica, de gran significado humano y espiritual. La religiosidad popular no tiene relación, necesariamente, con la revelación cristiana. Pero en muchas regiones, expresándose en una sociedad impregnada de diversas formas de elementos cristianos, da lugar a una especie de “catolicismo popular”, en el cual coexisten, más o menos armónicamente, elementos

⁴⁴ *Ibíd.*, N° 8.

⁴⁵ *Ibíd.*, N° 9.

provenientes del sentido religioso de la vida, de la cultura propia de un pueblo, de la revelación cristiana.⁴⁶

De las determinaciones anteriores, podemos seguir que, de acuerdo con el Directorio sobre la Piedad Popular y la Liturgia, la religiosidad popular es el marco de la piedad popular, una realidad más amplia desde donde nace y se manifiesta esta piedad, involucrando ejercicios y devociones. Estas precisiones son muy valiosas, pero presentaremos otros elementos propuestos por otros textos y autores.

El obispo Marco A. Órdenes Fernández nos dice, respecto a la piedad popular expresada en Aparecida, que ésta es asumida como lugar o espacio de encuentro, en dinámica personal a la vez que comunitaria.⁴⁷ “La Piedad Popular es una experiencia de verdadera integración entre las “cosas del cielo y de la tierra” Dios está presente en la realidad de las personas y su comunidad. Es un movimiento de Dios hacia el hombre, y esto es propio de la identidad cristiana de la fe.”⁴⁸ Si bien hemos afirmado que la religiosidad popular en cuanto manifestación de una dimensión humana es marco para la piedad popular, la fe es su corazón.

El Documento conclusivo de Puebla considera la religiosidad y la piedad popular como sinónimos,⁴⁹ señala, además, los valores positivos y negativos de la piedad popular.⁵⁰ Como valores positivos, resalta la conciencia del Dios Trinitario, el amor a María y los Santos, la conciencia de la dignidad personal y la fraternidad, la conciencia del pecado y su expiación, como la capacidad de expresar la fe en un lenguaje, total, etc. En los aspectos negativos cita aquellos elementos ancestrales presentes, como superstición, magia, fatalismo, idolatría; y otros como: ignorancia, deformación de la catequesis, la reducción de la fe a una mera expresión contractual, constituyendo verdaderos obstáculos para la evangelización.⁵¹

Puebla, también reconoce el valor de la piedad popular en la fe del pueblo, y al señalar sus aspectos negativos no menosprecia su riqueza e importancia. La misma Conferencia ve en la

⁴⁶ *Ibíd.*, N° 10.

⁴⁷ Órdenes, “Piedad Popular a la luz de aparecida”, 2.

⁴⁸ *Ibíd.*, 3.

⁴⁹ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla* sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, N° 444.

⁵⁰ *Ibíd.*, No. 454-456.

⁵¹ Órdenes, “Piedad Popular a la luz de Aparecida”, 4.

piEDAD popular el insustituible espacio de desarrollo de la fe y vida de las personas y los pueblos, pues esta piedad popular lejos de remitirse a simples prácticas y acciones se vincula con la identidad cultural, y esto es sumamente profundo⁵². Representa lo que creemos, pero también el quienes somos y lo que anhelamos.

1.3.5 La riqueza simbólica de la piedad popular mariana

La piedad popular mariana es para nuestros pueblos un diálogo, que se expresa con la riqueza de signos y símbolos, algunos propios de la cultura, otros de tipo litúrgico que se han arraigado en nuestros pueblos y otros que han logrado abrazar ambos elementos, creando un lenguaje nuevo que permite este diálogo verdadero y profundo con la Madre, algo similar decimos de la oración. Las danzas, las peregrinaciones, las flores, entre otras tantas expresiones, son parte de un lenguaje, de una simple, sencilla y humilde oración.

Clara María Temporelli, describe a la religiosidad popular como “manifestación, gestualidad, comportamiento; mientras que la piedad popular es lo escondido, la matriz, la fuente interior de tales gestos.”⁵³

Hemos de reconocer que hay fieles que participan de la piedad popular y sin embargo no asisten a misa, o a otros actos litúrgicos, o incluso a otros actos de piedad propuestos por la Iglesia. Sin embargo, no es conveniente que juzguemos estos actos como supersticiosos, carentes de fe o no auténticos.

Aunque los fieles no vayan a misa, no respeten todas las normas de la Iglesia, la religiosidad popular es la primera y fundamental forma de enculturación de la fe. Esa piedad hecha cultura se vive espontáneamente, como parte inseparable de la propia vida, y por eso es más que una serie de nociones; configura un modo peculiar de vivir y expresar el dinamismo del Espíritu. No hablamos simplemente de las manifestaciones masivas de piedad, sino de aquellas expresiones religiosas que de modo capilar pasan a formar parte de lo cotidiano, del lenguaje espontáneo y familiar, y que la mayoría siente como algo ligado a su identidad.⁵⁴

La espiritualidad mariana, la hemos descrito en algunos de sus rasgos, sin embargo, es necesario decir que la espiritualidad es parte del ser humano, es una dimensión de su persona,

⁵² *Ibíd.*

⁵³ Temporelli, “María a la luz de la fe del pueblo Latinoamericano”, 19.

⁵⁴ Fernández, “Una interpretación de la religiosidad popular”, 3.

que como tal se vincula y trastoca el resto de dimensiones humanas; “por ella todo el ser del hombre adquiere sentido ante las preguntas más existenciales de la vida (...).”⁵⁵ Como toda espiritualidad que ha encontrado lugar en la centralidad del hombre, se vive y se manifiesta en actos y formas concretas. La espiritualidad mariana bien puede considerarse desde la experiencia latinoamericana, como una espiritualidad popular.⁵⁶ María, en sus diferentes advocaciones se convierte en modelo de fe y compañera maternal en el camino en y hacia Dios.

Cada advocación de la Virgen es vivida como una visita de María al pueblo amado. Cada imagen suya en medio de la gente es un signo de su cercanía materna. Los testimonios de muchos de los peregrinos indican que no sólo van a pedir o a cumplir una promesa, sino que van con ternura a expresar su amor a la Madre, como respuesta al amor que reciben de ella. En la actitud de profunda veneración que advertimos en los peregrinos, vemos que ellos saben que en un santuario hay mucho más que un trozo de materia pintada. Allí está la presencia afectuosa de la Madre [...] Hablamos de una sensibilidad espiritual de los pobres, una espiritualidad popular, una piedad popular o, en definitiva, una espiritualidad inculturada. Ese pueblo cristiano tiene modos propios de orar y de relacionarse con lo sagrado que son consecuencia de una verdadera alianza espiritual con Dios.⁵⁷

El Directorio para la Piedad Popular y la Liturgia, en su capítulo V, nos dice que en lo relativo a la veneración a la Santa Madre del Señor, podemos encontrar varios actos de piedad marianos, estos son practicados en distintos lugares de Latinoamérica, así como en la Iglesia universal, sin embargo, hay muchos otros que no se encuentran señalados pero que han florecido con la misma variedad, diversidad y colorido de nuestros pueblos.

El capítulo V del Directorio inicia en su numeral 183 afirmando:

La piedad popular a la Santísima Virgen, diversa en sus expresiones y profunda en sus causas, es un hecho eclesial relevante y universal. Brota de la fe y del amor del pueblo de Dios a Cristo, Redentor del género humano, y de la percepción de la misión salvífica que Dios ha

⁵⁵ Ordenes, “Piedad Popular a la luz de aparecida”, 6.

⁵⁶ Fernández, “Una interpretación de la religiosidad popular”, 5.

⁵⁷ *Ibíd.*, 2.

confiado a María de Nazaret, para quien la Virgen no es sólo la Madre del Señor y del Salvador, sino también, en el plano de la gracia, la Madre de todos los hombres.⁵⁸

De hecho, los fieles entienden fácilmente la relación vital que une al Hijo y a la Madre. Saben que el Hijo es Dios y que ella, la Madre, es también madre de ellos. Intuyen la santidad inmaculada de la Virgen, y venerándola como reina gloriosa en el cielo, están seguros de que ella, llena de misericordia, intercede en su favor, y por tanto imploran con confianza su protección. Los más pobres la sienten especialmente cercana. Saben que fue pobre como ellos, que sufrió mucho, que fue paciente y mansa. Sienten compasión por su dolor en la crucifixión y muerte del Hijo, se alegran con ella por la Resurrección de Jesús. Celebran con gozo sus fiestas, participan con gusto en sus procesiones, acuden en peregrinación a sus santuarios, les gusta cantar en su honor, le presentan ofrendas votivas. No permiten que ninguno la ofenda e instintivamente desconfían de quien no la honra.⁵⁹

Lo que se expresa como amor hacia María en este y otros textos, es la experiencia profunda que unida a la fe, brota en lo que llamamos espiritualidad mariana.

El Directorio para la Piedad Popular y la Liturgia, es claro al afirmar elementos que validan los ejercicios de piedad mariana. Y en este punto, es necesario preguntarnos... ¿existen una piedad popular mariana falsa y por tanto una espiritualidad mariana falsa?

Hemos afirmado que la piedad popular es manifestación y expresión de la espiritualidad mariana en Latinoamérica, y que esta, tiene unos rasgos específicos presentes en María que se convierten en inspiración e invitación para los fieles. Y que además en el corazón de esta espiritualidad, está la fe y el amor. No podemos sino decir que más que una piedad popular mariana falsa o una espiritualidad mariana similar, hay una ausencia de ellas, simplemente no las hay. Puede haber y hay, actos y manifestaciones con intencionalidades que se alejan de la fe, el amor y la libertad propios de la espiritualidad mariana y que exteriormente, pueden ser confundidos con actos de piedad.

⁵⁸ Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y Orientaciones”, N.º. 183.

⁵⁹ Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y Orientaciones”, N.º. 183

La espiritualidad mariana no es alienante, por el contrario, la experiencia personal lleva hacia la comunión, que presenciamos en las peregrinaciones, en santuarios marianos, novenas y otros actos de piedad. Es precisamente la alienación, la búsqueda de intereses personales, el uso de “reliquias y objetos relacionados con la devoción mariana, como son las estampas, escapularios, medallas, camándulas.”⁶⁰ con fines mágicos y supersticiosos, los que alejan en sí mismos de este carácter comunitario y de ser actos propiamente de piedad.

Dentro de los ejercicios de piedad podemos encontrar que gran cantidad de ellos son motivados por una necesidad, una súplica, etc. sin embargo, estos son movidos por la fe, sin intenciones de tipo contractual.

Como el pueblo confía en el amor maternal de María y lo interpreta con la categoría del poder intercesor ante Dios de una manera casi espontánea y connatural, por eso acude a ella más fácilmente y le confía sus preocupaciones, necesidades y angustias. Podría decirse que lo que aparece externamente con más volumen es la búsqueda de solución a ciertas necesidades o situaciones difíciles de distinta índole, pero en esa búsqueda subyace una confianza fundada en el campo de la relación con Dios (más que intensamente que el interés utilitarista), es decir, en el ámbito de la fe. Porque confía en la eficacia de esa relación, el pueblo creyente busca en María ciertos favores y milagros, espera ayuda y protección, consuelo, guía y fortaleza ante los problemas de salud y pobreza, ante las difíciles condiciones familiares, morales y laborales, ante las situaciones de limitación, angustia, peligros e incertidumbres de una vida llena de sufrimientos. Si la piedad mariana fuera simplemente utilitarista no sería perseverante, si buscara solamente la eficacia del poder divino no tendría esa continuidad histórica que la caracteriza, ni esta incomprensible persistencia más allá del fracaso de la esperanza y de la sensación que a veces tiene de no ser escuchado.⁶¹

Aunque hemos planteado la existencia o ausencia de una piedad y espiritualidad mariana, y las hemos pasado por el tamiz de las motivaciones e intenciones; en la práctica es difícil distinguir un acto de piedad de otro que sólo aparenta serlo, lo que nos hablaría de la espiritualidad que lo mueve o de la ausencia de ella.

⁶⁰ Díaz, “María en la religiosidad popular colombiana. Fenomenología religiosa y hermenéutica teológica”, 108-109.

⁶¹ Ibid., 112-113.

A la espiritualidad mariana, como a toda espiritualidad cristiana, podemos aplicarle el texto de Mt 7,16 “Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos?”. La piedad popular como expresión de una espiritualidad mariana deben mantener una relación con otras expresiones, como el compromiso con los otros y el bien común, con el servicio, con procesos de transformación en medio de las realidades que vivimos, tal como lo ha mostrado María en sus diferentes advocaciones presente en Latinoamérica, mediante las cuales ha acompañado al pueblo en la fiesta, en la lucha y en el llanto, pero siempre mirando más allá, hacia la constante recreación y regeneración de la vida.

La piedad mariana debe ser también expresión de la gozosa libertad de los hijos de Dios y no objeto de una obligación ni de un tradicionalismo rutinario o costumbrista. Debe ser expresión festiva de una gozosa vivencia de la fe cristiana que refleje la fe de Aquella a quien llaman bienaventurada todas las generaciones. Finalmente, para garantizar que las prácticas de piedad mariana estén centradas en la verdadera adoración de Dios y el servicio de los hombres, teniendo como criterio a Jesucristo y su vida, es necesario buscar que tales devociones estén en relación con los demás aspectos de la vida y no separadas de ellos, que colaboren en la transformación de la realidad y no sean éticamente y humanamente estériles, que colaboren en la salvación y liberación del hombre y no le sometan a nuevas esclavitudes, que sean posibles medios para hacer presente el único evangelio de la presencia salvadora de Dios en Jesucristo.⁶²

La espiritualidad mariana debe llevar a los fieles no sólo a expresarse, sino a vivir realmente como verdaderos hijos de tan buena Madre. Y delante de ella, todos sus hijos e hijas somos únicos, pero al mismo tiempo iguales, todos amados, todos importantes, todos dignos.

⁶² Ibid., 124-125.

Capítulo 2

Rasgos de la espiritualidad Mariana en Latinoamérica

La espiritualidad mariana como hemos visto anteriormente tiene su fundamento en la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia, por ello se arraiga profundamente en el corazón de los creyentes y manifiesta especialmente unos rasgos del único y verdadero Dios encarnado en Jesucristo. María, con su vida y su presencia maternal en la historia de la Iglesia y en la de cada fiel, muestra un camino para ser y vivir como hijos de Dios.

La comprensión general de la presencia de María en el seno de la Iglesia naciente y a lo largo de la historia, también ha tenido su repercusión en la Iglesia latinoamericana, que abierta a las directrices proporcionadas por la Iglesia universal ha procurado fomentar el amor y devoción particular a la Madre de Dios.

La mariología latinoamericana fuente y a la vez fruto de una espiritualidad, es una síntesis hecha a partir de la primera y subsecuente evangelización en los pueblos latinoamericanos. En estas culturas la Buena Noticia echó raíces, tomando un rostro y unas manifestaciones particulares que entretujan la encarnación del Evangelio y la cultura de los pueblos como un todo, que pone de relieve las experiencias vividas a lo largo de su historia.

Podemos afirmar en coherencia con el apartado anterior, que la espiritualidad mariana es una vivencia profunda, que puede llegar y hacerse, en cierta forma, propiedad de quien la vive, así la espiritualidad mariana puede darse en distintos contextos y adquirir unas características particulares, podemos hablar de una espiritualidad mariana en los países europeos e incluso podríamos regionalizar esta espiritualidad en aquellas tierras, sin embargo, ahora queremos reflexionar acerca de los rasgos de la espiritualidad mariana en América Latina.

La mariología en Latinoamérica llegó junto a los primeros evangelizadores que anunciaban a Cristo como el Dios único y verdadero, a través de ella el Evangelio se hacía más accesible a los pueblos, quienes encontraban en María la encarnación del Evangelio y el rostro del Dios que se les anunciaba.

María es la mediación querida por Dios para la Encarnación. No hay Verbo encarnado sin la mediación mariana debido a la voluntad divina. Esto es verdad también para la evangelización que no es otra cosa que engendrar a Cristo en el corazón de los hombres y en las culturas de los pueblos.⁶³

El proceso evangelizador de estas tierras se dio no sólo con el anuncio del kerigma sino también mediante la fe y la cultura de sus evangelizadores quienes trajeron a estas nuevas tierras libros de piedad, catecismos, y devociones marianas propias de los países europeos de origen.⁶⁴ Así mismo, el dogma de la maternidad divina de María y por tanto su maternidad extendida al género humano, formaba parte del anuncio evangelizador desde hacía varios siglos en el antiguo continente y subsecuentemente formó parte del mensaje recibido en Latinoamérica.

Se puede decir en grandes líneas que la mariología en Latinoamérica siempre ha estado presente en la liturgia, en la devoción y en la religiosidad popular tanto de los evangelizadores misioneros como de los pueblos evangelizados y progresivamente ha ido adquiriendo la importancia inculturada, sobre todo catequética, mistagógica y pastoral, que actualmente tiene.⁶⁵

El anuncio del Evangelio que fue extendiéndose a lo largo del proceso de colonización fue adquiriendo unas características particulares en los nativos, quienes relacionaban sus creencias y costumbres con el mensaje que les era anunciado, encontraban en la Madre de Dios rasgos que la hacían más cercana a ellos.

La presencia de María en el origen y en el desarrollo histórico de América Latina es obra de los agentes pastorales venidos de España, pero también es fruto de los pueblos nativos que la asumieron y en alguna medida la recrearon desde su realidad cultural. Esta conjunción muestra que esta presencia es principalmente obra de la Providencia que repite siempre la mediación de María cuando quiere engendrar a Cristo.⁶⁶

⁶³ Farrel, "María en la evangelización de la cultura Latinoamericana", 534.

⁶⁴ Larocca, *María en el Magisterio*, 15.

⁶⁵ *Ibíd.*

⁶⁶ Farrel, "María en la evangelización de la cultura Latinoamericana", 534.

María dentro del proceso de evangelización contribuye a la aceptación del Evangelio por parte de los aborígenes, ella además de ser reflejo del Dios vivo anunciado por los colonizadores, es la intermediaria que se manifiesta como la madre cercana y compasiva, a través de las distintas apariciones que se hicieron presente en América Latina.

A los pocos años de la llegada del Evangelio en cada zona ya encontramos una advocación mariana que acompaña al pueblo en la vocación y la posterior fidelidad al cristianismo. A veces se basa en un hecho extraordinario, otras en la obra de los misioneros, pero en todos los casos se da el milagro moral de la gran capacidad de arraigar en la fe a pueblos enteros que tiene María.⁶⁷

De manera que la presencia de María en estas tierras se ha dado por distintas advocaciones y podría decirse que fue sellada por sus manifestaciones en Guadalupe.

... acompañada por otras manifestaciones devocionales: otras apariciones locales tradicionales (como Coromoto en Venezuela), otros hechos llamados hallazgos de imágenes de bulto (como por ejemplo Aparecida en Brasil) o de pinturas restauradas (como Chiquinquirá en Colombia), o devociones marianas traídas desde España que logran promover el sentido fuerte de los patronazgos locales, regionales y nacionales de carácter religioso mariano, de gran impacto moral en sus dimensiones personal y social que promueve la integración histórico étno-societario-religioso que consolidan primero la relación Iglesia-Estado dentro del marco constitucional del Patronato Regio instaurado en la colonias y después esta relación ya renovada en los procesos de independencia de los diferentes estados del continente.⁶⁸

Por otra parte, María formó parte de la historia de liberación de pueblos sometidos bajo la opresión colonial, esto confirmó y fortaleció la devoción mariana en lo que ahora son nuestros países. Al respecto, también aporta González Dorado:

El General San Martín, antes de emprender el paso de los Andes, determinó elegir como Generala de su Ejército a la Virgen del Carmen, del convento de los Franciscanos de Mendoza, y como a tal le entregó su bastón de mando, en la solemne fiesta religiosa que con este motivo ordenó se celebrara. En la independencia de Méjico, es conocida la figura del cura Hidalgo con los primeros insurgentes marchando al Santuario de Atotonilco y tomando

⁶⁷ *Ibíd.*, 538.

⁶⁸ Larocca, "María en el Magisterio," 17.

de la sacristía un lienzo con la imagen de Nuestra Señora de Guadalupe, que la colocó en el asta de una lanza, y la enarboló como enseña delante de su ejército.⁶⁹

En la historia de independencia de nuestros pueblos podemos encontrar otras intervenciones de la figura de María. Este contexto histórico en el que se entretiene la fe, la cultura, ha ido delineando el rostro de María en Latinoamérica, mismo que ha trascendido de las imágenes hacia la experiencia profunda y personal de millones de habitantes de estas tierras.

Con las raíces en el origen de la evangelización española, hay en América Latina unos 250 santuarios, la casi totalidad dedicados a una advocación mariana. Desde allí se realiza sin descanso un verdadero mensaje eclesial a través de María a las muchedumbres latinoamericanas. Es un mensaje cristológico, como lo es intrínsecamente el mensaje mariano. Es un mensaje eclesiológico porque el peregrino de muchos modos recurre a la mediación ministerial para los sacramentos y sacramentales. Pero es también un mensaje de contenido antropológico. Alimenta el sentido de trascendencia de nuestros pueblos y, por lo mismo, la raíz y el fundamento de la dignidad de hijos de Dios, cuanto más por la intrínseca referencia cristológica. Es decir, los santuarios marianos proclaman también, e inseparablemente del mensaje religioso, un mensaje de humanismo, un alimento de la razón de vivir y de esperar y un llamado a la fraternidad.⁷⁰

2.1 La veneración y las manifestaciones de piedad del pueblo latinoamericano

En lo que se refiere a la veneración y las manifestaciones de piedad que en Latinoamérica ha tenido lugar con la Madre de Dios, sobresalen rasgos que nos hablan de la relación estrecha que María guarda con el pueblo, así ella ocupa el lugar privilegiado de ser la Madre, la compañera de camino, la mujer de fe y esperanza, la liberadora, la que se hace cercana y una con todos.

Acorde con el Magisterio Latinoamericano, el pueblo latino ve y siente a María como Madre, “(...) el pueblo simple de nuestra tierra, que la mira y la ama como madre querida de infinita

⁶⁹ González, *De María conquistadora a María liberadora. Mariología popular latinoamericana*, 56.

⁷⁰ Farrel, “María en la evangelización de la cultura Latinoamericana”, 534

ternura, vida, dulzura y esperanza nuestra” (...) ⁷¹ Francisco Zuluaga en su texto acerca de la Mariología Popular colombiana, comparte algunos fragmentos de diálogos hechos con personas sencillas del pueblo colombiano y con base en estos y otros estudios que ha realizado, afirma que “la devoción mariana popular no es una simple formulación teórica, sino una experiencia vivida. Nuestro pueblo siente a María como madre solícita y la percibe muy cerca de su vida, suavizando sus penas y socorriéndolo en sus necesidades!” ⁷²

María es también compañera de camino, es una mujer sencilla, como la gran mayoría de las personas del pueblo, que por su vida en Nazareth y las condiciones bajo las que vivió, económicas, sociales, políticas, religiosas (según nos narran los evangelios), comprende a sus hijos e hijas. Enseña en medio de las dificultades a trascender los acontecimientos, a vivir la libertad más allá de las condiciones adversas. El pueblo latinoamericano fácilmente se identifica con ella. “María es una mujer sencilla, ella es parte de la pobreza y la lucha, pero también de la liberación”. ⁷³

María, es mujer de la fe y la esperanza, sin importar que tan grandes sean las dificultades que aquejan a los que acuden a la Madre de Dios, en santuarios, templos, o ante pequeños altares en donde se le venera, ella evoca en los creyentes estas dos virtudes, ahí con fe y con esperanza depositan sus súplicas.

Latinoamérica es rica en devociones marianas, González Dorado dice, citando a Virgilio Elizondo que “es un hecho innegable que la devoción a María es la característica del cristianismo latinoamericano más popular, persistente y original. Ella está presente en los propios orígenes del cristianismo del Nuevo Mundo.” ⁷⁴

⁷¹ Gebara y Bingemer, *María, Mujer profética. Ensayo teológico a partir de la mujer y de América Latina*, 179.

⁷² Zuluaga, *Mariología Popular Colombiana*, 154.

⁷³ Gebara y Bingemer, *María, Mujer profética. Ensayo teológico a partir de la mujer y de América Latina*, 181.

⁷⁴ González, *De María conquistadora a María liberadora. Mariología popular latinoamericana*, 46.

María de Guadalupe expresa en su diálogo con el indio Juan Diego (ahora santo), lo que actualmente se ha convertido en una experiencia para muchos fieles, pues ella pide una casita para (dice ella),

... dar todo mi amor, compasión, auxilio y defensa, pues yo soy vuestra piadosa madre, a ti, a todos vosotros juntos los moradores de esta tierra y a los demás amadores míos que me invoquen y en mí confíen; oír allí sus lamentos, y remediar todas sus miserias, penas y dolores» (vv. 23-25). Pero es una madre que también participa de las dificultades de sus hijos...⁷⁵

María, es también considerada como liberadora, de la misma forma en que libera a Juan Diego de no sentirse hijo, de no sentirse digno;⁷⁶ tanto ayer como hoy, ella ayuda a liberar a los pueblos del sometimiento colonial, siendo para ellos inspiración y fortaleza; de igual manera en las comunidades sencillas y en las parroquia de pueblos y ciudades, los fieles depositan en ella su confianza mediante oraciones, juramentos y promesas escritas detrás de alguna imagen de la Virgen María, acogiéndose a su intercesión y aceptando la confianza que ella pone en sus hijos e hijas.

Por otra parte, aunque el pueblo ha recibido durante algunos siglos la imagen de María silenciosa, callada y resignada que aún podemos descubrir en el contenido de algunas predicaciones y charlas que se imparten en los templos y se reproducen en otros espacios, los fieles perciben a una María activa, viva,⁷⁷ poderosa,⁷⁸ aunque este poder no llega a ser expresado con claridad y fundamento teológico.

... podemos afirmar simultáneamente que también para los oprimidos la madre es su seguridad, su consuelo y su esperanza, ya que intuyen en ella una capacidad de ayuda e incluso un posible desencadenamiento de energías liberadoras insospechadas. Bajo este aspecto, hoy admiramos con profundo respeto a las Madres de la Plaza de Mayo que reclamaban a sus hijos desaparecidos durante la dictadura militar argentina. Maternidad es para el oprimido testimonio de amor y de vida, y esperanza de ayuda y de liberación.⁷⁹

María es además cercana, es como nosotros, así las imágenes de la Virgen María en los pueblos latinoamericanos toman los rasgos propios de la cultura, ya sean indios, negros o

⁷⁵ *Ibíd.*, 49.

⁷⁶ *Ibíd.*, 50.

⁷⁷ *Ibíd.*, 70.

⁷⁸ *Ibíd.*, 50.

⁷⁹ *Ibíd.*, 66.

mulatos.⁸⁰ En algunos lugares hasta se viste a las imágenes María con los trajes propios del lugar. María es de alguna forma, para el pueblo, el Dios con nosotros, o como dirá Leonardo Boff en su obra así titulada, el rostro materno de Dios.

Podemos aumentar la lista de rasgos marianos que experimentan los fieles de este Nuevo Mundo, sin embargo, la mayoría de ellos remiten a su maternidad, misma que se concibe en la cultura latinoamericana como cuidado, escucha, cercanía, protección, comprensión, fortaleza, entre otros. Pero ¿que hace de estos rasgos una espiritualidad? El vivirlos a profundidad, es decir, vivir como hijos o hijas de tal Madre.

2.2 La espiritualidad mariana en el Magisterio Latinoamericano previo a Puebla

El Magisterio latinoamericano previo a la III Conferencia Episcopal Latinoamericana Celebrada en Puebla, poco ha dicho en relación con la Mariología Latinoamericana. La primera Conferencia Latinoamericana celebrada en Río de Janeiro, Brasil en el año de 1955, manifiesta su confianza en la Inmaculada Virgen María, y se expresa de ella como Madre de Dios y Reina de América. En otro apartado del documento conclusivo, se menciona a María cuando se pide el fortalecimiento y promoción de la Obra del Apostolado del Mar, también se pide a los párrocos procurar la devoción a María y se mencionan actos de piedad y devociones marianas concretas.⁸¹

En la II Conferencia celebrada en Medellín, Colombia en 1968, se menciona a María en las partes introductorias, encomendándose a su patrocinio, del cual se goza desde la primera evangelización de nuestros pueblos. Refiriéndose al documento conclusivo de Medellín, María del Pilar Silveira habla de un “silencio inexplicable”⁸² con relación a la figura de María.

Como podemos ver desde el Magisterio latinoamericano y bajo una mirada general y global, podemos constatar profundos silencios en relación a la persona de María, y por tanto también en los rasgos sobresalientes desde la Iglesia latinoamericana, esto no indica que la Iglesia no

⁸⁰ Irarrazaval, *Los muchos rostros de María*, 595.

⁸¹ Silveira, “*Nueva búsqueda de la Mariología popular latinoamericana*”, 308.

⁸² *Ibíd.*

tenga participación en la espiritualidad mariana de nuestros pueblos, pues como hemos visto, la primera evangelización, con su método catequético, con la introducción de imágenes, el desarrollo de actos de piedad y devoción, causaron un profundo impacto en nuestras tierras, que fue enriquecido por elementos culturales propios, pero que siguió siendo alimentado a través de la catequesis, predica, devociones, celebraciones, movimientos y comunidades eclesiales.

A pesar de los breves aportes mariológicos en los documentos conclusivos de las Conferencias Latinoamericanas de Río de Janeiro y Medellín, podemos resaltar los siguientes rasgos: La maternidad de María. Una maternidad en el cuidado y la protección de sus hijos, que se confirma con las expresiones Reina de América y Patrona; ambas figuras de protección.

2.3 La espiritualidad mariana presente en la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana

En primer lugar, es necesario comprender que la Tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, se da en un momento histórico de la Iglesia, el inicio del pontificado de Juan Pablo II. A nivel eclesial se buscaba por un lado la continuidad de las directrices dadas por Medellín, y por otro lado, mantener una mirada más conservadora. “El continente latinoamericano por estos años vivía uno de sus peores momentos respecto a la vigencia de la institucionalidad democrática. La mayoría de los países de la región contaba con regímenes autoritarios y dictaduras criminales”⁸³ ; a nivel económico existía un estancamiento y la Iglesia latinoamericana, “siguiendo a Medellín, se aparta de este modelo liberal tanto como del modelo colectivista marxista.”⁸⁴

Enmarcada en este contexto, Puebla busca responder a las realidades que la enmarcan, como lo indica Mendoza:

Las dos últimas conferencias generales del Episcopado latinoamericano, reunidas en Medellín y en Puebla, han aceptado el reto y se han esforzado de manera consciente y

⁸³ Guerra, “Puebla, 1979: contexto latinoamericano a 40 años de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano”.

⁸⁴ *Ibíd.*

responsable por trazar las líneas directrices de una reflexión teológica que sea fiel a la verdad del Evangelio, como se ha leído en la Iglesia, y a la vez sea fiel a las angustias y expectativas de nuestros pueblos.⁸⁵

La tercera Conferencia Episcopal Latinoamericana, reunida en Puebla-México en el año 1979, recibió de parte del Santo Padre Juan Pablo II una carta, tras haber presentado el documento conclusivo. En ella, el vicario de Cristo anima a los obispos latinoamericanos a desempeñar con fuerza y dedicación la tarea de la evangelización, responsabilidad de toda la Iglesia. Al finalizar el documento el Santo Padre hace hincapié en la espiritualidad mariana presente en el continente americano y como ella ha de ser el modelo de la nueva evangelización. Decía el Papa que “María Santísima, Madre de la Iglesia y Estrella de la evangelización, guíe vuestros pasos, en un renovado impulso evangelizador del Continente Latinoamericano.”⁸⁶

Además, la presencia del Santo Padre en la apertura de la conferencia episcopal de Puebla marcó un rasgo característico de la profunda espiritualidad mariana, no solo del vicario de Cristo, sino también del pueblo que se desarrolló al amparo y protección de la presencia de María desde sus comienzos y acrecentando desde ella su fe. Dirá el santo Padre:

¡Salve María! Cuán profundo es mi gozo, queridos hermanos en el Episcopado y amadísimos hijos, porque los primeros pasos de mi peregrinaje, como sucesor de Pablo VI y de Juan Pablo I, me traen precisamente aquí. Me traen a Ti, María, en este santuario del pueblo de México y de toda América Latina, en el que desde hace tantos siglos se ha manifestado tu maternidad.⁸⁷

En este sentido, descubrir el amor y afecto del pueblo cristiano a la Madre del Salvador, se convierte en un claro y vivo reflejo de la profunda veneración con que, desde antiguo, en los inicios de la colonia, llegó a este continente el mensaje de salvación y la Buena Nueva del Evangelio a través de María, la madre de Dios. Son estos rasgos característicos de la presencia de María en Latinoamérica, los que nos permiten evidenciar una profunda espiritualidad mariana en el Nuevo Mundo. Esa primera fe recibida por los antepasados se ha visto acompañada y fortalecida por el amparo de la siempre Virgen y en ella el pueblo

⁸⁵ Caro, “María en la reflexión de la Iglesia Latinoamericana,” 364.

⁸⁶ Juan Pablo II, Carta a los Obispos Diocesanos de América Latina, fechada el 23 de marzo de 1979.

⁸⁷ Juan Pablo II, Homilía del 27 de enero de 1979.

cristiano ha identificado el vivo espejo de paciencia y perseverancia en medio de los dolores y los sufrimientos. En María ha reconocido la fuente del consuelo, tras experimentar los gozos y las esperanzas que animan el camino de los desamparados.

2.3.1 María centro de la evangelización latinoamericana

La figura de María en el proyecto de salvación de Dios para con su pueblo encuentra una participación fundamental en el centro de la evangelización latinoamericana. Fue la Santísima virgen María quien propició el encuentro de culturas de un modo eclesiológico. En efecto, con la manifestación de la Virgen a Juan Diego, entra la fe de modo determinante en la vida cristiana del pueblo de México. María fue y es también concreción de un proyecto ocurrido en medio de los pobres. Un proyecto en el que Dios con el pasar de los años fue preparando a la humanidad, para compartir con ella de forma radical⁸⁸. Este acompañar al pueblo, por parte de María, fue codificando cada vez más la profunda espiritualidad de los creyentes.

Siguiendo los lineamientos del documento conclusivo de Puebla, encontramos en María un rasgo fundamental que contribuyó al desarrollo de la espiritualidad y la devoción, en los albores de la primera evangelización, y que hasta el día de hoy se mantiene encendido en el amor de Dios. La III Conferencia Episcopal Latinoamericana, reconoce en María una virtud fundamental para el pueblo que peregrina; ella será la Madre educadora de la fe.

María cuida y procura que el Evangelio llegue a nosotros conforme a nuestra vida diaria y de esta manera produzca frutos de santidad. Ella tiene que ser cada vez más la pedagoga de la fe y del Evangelio en Latinoamérica.⁸⁹

Un factor para resaltar dentro de los rasgos característicos de la espiritualidad mariana en el documento de Puebla, se encuentra en la carta encíclica *Marialis Cultus* de Pablo VI, en ella, el Santo Padre afirma que María no ha sido precisamente esa mujer pasivamente remisa frente al mensaje del Evangelio, ni mucho menos una mujer de fe alienante; al contrario, ella es esa mujer que no dudó en proclamar a Dios e iniciar su recorrido de fe para anunciar las

⁸⁸ Gebara y Bingemer, *María, mujer profética*, 181.

⁸⁹ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*”, N° 290.

grandezas del Señor y su predilección por los humildes y sencillos de corazón.⁹⁰ En este sentido el documento de Puebla recoge de modo preeminente esta perspectiva de María como propiciadora de la fe y de la espiritualidad de un pueblo creyente:

No es sólo el fruto admirable de la redención; es también la cooperadora activa. En María se manifiesta preclaramente que Cristo no anula la creatividad de quienes le siguen. Ella, asociada a Cristo, desarrolla todas sus capacidades y responsabilidades humanas, hasta llegar a ser la nueva Eva junto al nuevo Adán. María, por su cooperación libre en la nueva Alianza de Cristo, es junto a Él protagonista de la historia. Por esta comunión y participación, la Virgen Inmaculada vive ahora inmersa en el misterio de la Trinidad, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres.⁹¹

En efecto, María se convierte en la propiciadora de la salvación, pues es ella la que camina y acompaña al pueblo, no sólo para mirarlo, sino para hacerse con él peregrina de la fe y, al mismo tiempo, convertirse en fuente de intercesión y de gracia para el cristiano que busca en ella refugio y protección. Este aspecto que nos presenta el documento de Puebla resalta el hecho de que María es la constante cooperadora de la obra de la Redención y de la Salvación; ella no se queda inactiva frente a la Redención en ella y por ella realizada, por el contrario, la comunica, la comparte y la extiende a todos aquellos a los que se manifiesta como Madre y maestra de la espiritualidad cristiana.

Íntimamente unida a la obra redentora de su Hijo, la Madre de Dios se incorpora en la historia humana como mediadora de la historia de la salvación. Esta comunión y participación hacen de la Virgen Inmaculada una partícipe activa del misterio de la Trinidad, en el que vive inmersa y del cual forma parte substancial, alabando la gloria de Dios e intercediendo por los hombres; ella es, en efecto, Hija del Padre, Madre del Hijo y Esposa del Espíritu Santo, por esta predilección de Dios para con ella, María recibe la gracia de ser intercesora del pueblo que clama al Dios de la vida.

⁹⁰ Gebara y Bingemer, *María, mujer profética*, 184.

⁹¹ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina*”, N° 293.

2.3.2 **María, modelo de espiritualidad y de fe**

El documento conclusivo de Puebla centra su atención en el ejemplo y en el testimonio vivo de la persona de María, tanto en su dimensión maternal -al ser escogida por el mismo Dios como Madre de su Hijo y por él, madre de todos los hombres- como en su dimensión de fe -ella también es mujer creyente y no sólo madre del Redentor, sino al mismo tiempo redimida. Es decir, en María encontramos un preclaro testimonio de vida evangélica, puesto que, preparada desde el principio, asumió la tarea de ser madre y maestra del Hijo de Dios y del género humano a ella encomendado. Se convierte así para nosotros en maestra, enseñándonos cómo se ha de caminar en la vida espiritual y cómo se ha de fortalecer nuestra espiritualidad, para, incluso, permanecer de pie junto a la cruz.

En principio, la Madre habría de enseñar al Hijo a fin de prepararlo para su función de mesías introduciéndolo en la Antigua Alianza. Sin embargo, no fue ella, sino el propio conocimiento que el Hijo tenía gracias al Espíritu Santo sobre la misión que el Padre le había encomendado. En este sentido, se altera la relación de enseñanza-aprendizaje; el Hijo educará a la Madre para disponer en ella la gracia y así perseverar de pie junto a la cruz. Toda esta preparación por parte de Dios para con María, encuentra su culmen en la participación activa de María en la oración de la Iglesia naciente, puesto que, orando con los discípulos, dispone el corazón de la Iglesia para recibir al Espíritu Santo destinado a todos.⁹²

Algo que se ha de observar en la vida del ser humano en correlación a la recepción del mensaje de salvación, y de todos aquellos cristianos que ya lo han recibido. Es que quien quiera escuchar y cumplir el Evangelio, ha de tomar los textos sagrados y descubrir en ellos los pasajes en donde aparece la figura de María, tan en serio, como todo lo demás. Aquel que desatiende a esto de un modo deliberado o por simple costumbre, muy difícilmente llegará a ser calificado como oyente atento de la palabra de Dios y de su Divina Voluntad, carecerá así de una espiritualidad profunda y cimentada en el ejemplo de la Madre.⁹³

Por tal motivo, la experiencia de fe, los rasgos culturales y la piedad popular de los pueblos latinoamericanos, así como su espiritualidad mariana, encontraron su desarrollo gracias a la presencia de la Santísima Madre del Salvador y él cómo ella alumbró las tinieblas del nuevo continente como estrella y aurora de la nueva evangelización.

⁹² Ratzinger y von Balthasar, *María Iglesia naciente*, 83.

⁹³ *Ibíd.*, 89.

2.3.3 María, el rostro materno y misericordioso de Dios

Hasta ahora, hemos resaltado los rasgos fundamentales de la presencia de María en los lineamientos del texto conclusivo de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana. Con ellos, hemos descubierto una amplia perspectiva de lo que significa María para este nuevo continente y para la vida espiritual de la Iglesia que en él subsiste. En adelante, se nos han de presentar unos rasgos específicos de identificación del pueblo con María, palpables en la espiritualidad que ella alimenta. Ella no es una realidad abstracta, ni mucho menos un vago pensamiento que deambula por la mente los latinoamericanos; ella es para nosotros el rostro de Dios que se hace Madre y Misericordia a fin de atraer a todos hacia él.

Un factor inicial que se ha de rescatar en la historia del pueblo latinoamericano -y que, por ende, ha de permanecer vivo en la mente de aquellos que son llamados de un modo especial a participar con Cristo en la propagación de su Evangelio- es que, en nuestros pueblos, el Evangelio ha sido anunciado presentando a la Virgen María como su realización más alta.⁹⁴ Comenzando con su aparición y advocación de Guadalupe, la siempre Virgen configuró el gran signo del rostro maternal y misericordioso. Un rostro a través del cual tanto el Padre y como el Hijo se manifiestan con quienes, guiados por el maternal cobijo de María, buscan entrar en comunión viva con Dios y fortalecer el espíritu evangélico recibido.

En consecuencia, la Madre de Dios es para la Iglesia un motivo de alegría y la fuente de inspiración por ser, al mismo tiempo, la estrella de la Evangelización y fuente de la vida espiritual del nuevo continente, a su vez, la Madre de todos los pueblos Latinoamericanos.⁹⁵ Hemos de recordar también las palabras que acercaron el Evangelio a estos pueblos: «Oye y pon bien en tu corazón, hijo mío el más pequeño: nada te asuste, nada te aflija, tampoco se altere tu corazón, tu rostro; (...) ¿No estoy aquí yo, que soy tu Madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría?». ⁹⁶ Con este anuncio insigne de la maternidad excelsa de María, el pueblo latinoamericano representado en Juan Diego -así como en la cruz los cristianos todos estaban representados en san Juan- recibe la certeza de una filiación divina con aquella que es Madre y con razón verdaderamente así llamada.

⁹⁴ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla* sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, N° 282.

⁹⁵ *Ibíd.*, N° 168.

⁹⁶ Palabras que la Virgen de Guadalupe dirigió a San Juan Diego.

El pueblo creyente reconoce en la Iglesia la familia que tiene por madre a la Madre de Dios⁹⁷. Ella es la madre de la misericordia. Jesús el Hijo de Dios que se hizo carne para redimirnos con su misericordia y con su amor, nos entregó a María como madre en el momento en que ella se encontraba en el patíbulo de la Cruz. Desde aquel momento se hace peregrina con nosotros a fin de acompañarnos en nuestro recorrido hacia el reino de los cielos, un recorrido que se perfila, en ocasiones, en medio del dolor y del sufrimiento. En razón a esa constante compañía, María es bien llamada Madre de la Misericordia; todo esto alimenta y fortalece muy a menudo la fe y la espiritualidad del pueblo cristiano.

María no sólo vela por la Iglesia. Ella tiene un corazón tan amplio como el mundo e implora ante el Señor de la historia por todos los pueblos. Esto lo registra la espiritualidad y la piedad popular que encomienda a María, como Reina maternal, el destino de nuestras naciones⁹⁸. Como buena Madre nunca desampara a sus hijos y por ellos manifiesta siempre su preocupación y diligencia en el servicio de los más necesitados.

2.3.4 María, voz de unidad entre el pueblo y Dios

En la personalidad de María encontramos también una clara señal de su afán evangelizador. Ella es figura y ejemplo de evangelización, pues la Iglesia -especialmente la latinoamericana- reconoce en el ser de María, la voz que impulsó la aceptación y la unidad entre las dos culturas; el hombre del viejo mundo con el hombre del nuevo mundo⁹⁹. La iconografía de la Señora del Tepeyac resalta este factor fundamental del encuentro cultural en la transmisión de la Fe. Esto propició la rápida formación de la espiritualidad mariana en el nuevo continente.

En relación con lo antes mencionado, podemos afirmar junto con Puebla que: El Evangelio encarnado en nuestros pueblos los congrega en una originalidad histórica cultural que llamamos América Latina. Esa identidad se simboliza muy luminosamente en el rostro mestizo de María de Guadalupe que se yergue al inicio de la Evangelización¹⁰⁰. Por ello decimos que María se convierte para nosotros, también, en un puente de unidad cultural, en

⁹⁷ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla* sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, N° 285.

⁹⁸ *Ibíd.*, 289.

⁹⁹ *Ibíd.*, N° 282.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, N° 446.

primera instancia, y de unidad eclesiológica, en un segundo momento -en relación a la fe de los pueblos del Nuevo mundo-. Sin embargo, la escena de Pentecostés refleja desde el inicio de la Iglesia la figura de María santísima como intercesora y mujer orante, en el seno de la Iglesia. Ella, al experimentar las primicias del Espíritu, impulsa al pueblo cristiano a entrar en la profundidad de la oración y a hacerse uno con Dios en el diálogo sagrado, promoviendo así una espiritualidad enmarcada en el amor, el servicio y la oración.

La presencia de María -además de ser un factor fundamental en la fe y en la espiritualidad del pueblo- se concretiza en las sagradas edificaciones a ella consagradas, pues en estas el pueblo de Dios, experimenta una cercanía con el cielo y allí María nos repite su maternal petición de las bodas de Caná: “hagan lo que él les diga” (Jn 2, 1-11). María nunca se atribuye un legado de Fe, ni mucho menos espera que los cristianos le sigan cual adeptos ensimismados en una sola creencia. María busca en todo ser la humilde joven de Nazareth, y lo que a ella agrada es que todos como hijos suyos, cumplamos -a ejemplo de ella- la voluntad del Señor. Esa espiritualidad mariana está muy marcada en los pueblos latinoamericanos. Como el de Guadalupe, los otros santuarios marianos del continente son signos del encuentro de la fe de la Iglesia con la historia latinoamericana.¹⁰¹

El documento conclusivo de Puebla recoge una reflexión Mariológica de Pablo VI en su encíclica *Marialis Cultus*. Esta es una consigna muy antigua de la tradición de la Iglesia que resalta y enfatiza la presencia fundamental de María en la fe que vive la Iglesia. Pablo VI nos recuerda que: «No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María». Sociológicamente podemos nosotros interpretar la presencia de María como la presencia de la mujer que crea y propicia un ambiente familiar, un clima de hogar, la voluntad de acogida, el amor y el respeto por la vida. Esta presencia de María es la presencia tangible de los rasgos maternos de Dios. Es una realidad tan profundamente humana y excelsamente santa, que suscita en los creyentes plegarias llenas de fe y esperanza, aun en medio del dolor y del sufrimiento; ella es presencia del consuelo de Dios¹⁰², centro de una espiritualidad que nos conduce hacia él.

En efecto, también la Iglesia quiere ser madre de todos los hombres, no aislada de su amor a Cristo, ni mucho menos distrayéndose de Él, ni postergándolo, sino por su comunión íntima

¹⁰¹ *Ibíd.*, N° 282.

¹⁰² *Ibíd.*, N° 291.

y total con Él. A ejemplo de la Madre del Salvador, la Iglesia congrega a los hijos de Dios en la fe y en la oración, promoviendo el desarrollo de la vida espiritual, tal como lo hizo María. La virginidad maternal de María conjuga en el misterio de la Iglesia esas dos realidades: toda de Cristo y con él, toda servidora de los hombres.¹⁰³ Los fieles cristianos reconocen en María a la Iglesia Católica y saben que en ella la encuentran. Por ello, y muy a menudo, la piedad popular y la fuerte espiritualidad y devoción mariana convergen en el pueblo creyente para crear un vínculo resistente que ha mantenido fieles a la Iglesia zonas de misión que han carecido de la adecuada atención pastoral, por parte de la jerarquía de la Iglesia¹⁰⁴. La profunda espiritualidad mariana se entiende entonces en América Latina como aquella que propicia la realización del misterio de Dios en nuestros pueblos.

En efecto, la presencia de María en Latinoamérica, desde los rasgos fundamentales que nos presenta el texto de la III Conferencia Episcopal Latinoamericana, es signo y figura de la voz que anuncia la llegada del Salvador y nosotros al formar parte de ese pueblo escogido para la Salvación, hemos de caminar con ella al encuentro de su Hijo. María es la mujer que une el cielo con la tierra, y con su *fiat*, apertura la entrada de Dios en la historia de la humanidad; historia que salva y redime, historia que confluye en encuentro del hombre con Dios.

2.3.5 La cercanía de María con el pueblo latinoamericano.

María Santísima se convierte en modelo de fe y espiritualidad, para el pueblo cristiano, por su profunda relación con Cristo. Según el plan de Dios, en María «todo está referido a Cristo y todo depende de él» (MC 25). Mas su vida es una plena comunión con su Hijo. Ella dio su sí al designio de amor divino. Librementemente aceptó en la anunciación del arcángel Gabriel la misión que Dios le había preparado, y fue fiel a su palabra hasta el martirio del Gólgota. Ella, Fue la mujer fiel que acompañó al Señor en todos sus caminos. La maternidad divina la llevó a una entrega total. Toda en ella se convirtió en un don generoso, lúcido y permanente.¹⁰⁵ Anudó una historia de amor a Cristo íntima y santa, única, que culmina en la gloria.

¹⁰³ *Ibíd.*, N° 294.

¹⁰⁴ *Ibíd.*, N° 284.

¹⁰⁵ *Ibíd.*, N° 292.

Un signo profético de la cercanía de María con el pueblo cristiano es la presencia de la Madre junto al Hijo en el monte de la calavera. El evangelista Juan recoge las palabras de Jesús a su Madre, y nos las comunica. En el momento en que María escucha de Jesús “ahí tienes a tu hijo” asume un rol fundamental con la humanidad. Es la mujer que acepta bajo su cuidado a los fieles cristianos, en Juan prefigurados. El profeta Isaías en el capítulo 66 de su libro, profetiza el nacimiento de la humanidad creyente en el dolor del calvario. Es allí en donde María experimenta profundamente los dolores de parto que se le habían evitado en el nacimiento del Salvador. Ese dolor que experimenta la Madre junto a su Hijo crea el vínculo de unidad entre la humanidad creyente y la Madre de todos los pueblos. Por tal motivo, nos reconforta el Espíritu y la Madre fiel, siempre presentes en la marcha del Pueblo de Dios¹⁰⁶.

Pablo VI señala la amplitud del servicio de María con palabras que tienen un eco muy actual en nuestro continente: Ella es «una mujer fuerte que conoció la pobreza y el sufrimiento, la huida y el exilio» (Mt 2,13-23)¹⁰⁷. Todas estas situaciones no pueden escapar a los ojos de aquellos que, con espíritu evangélico, han de ir a anunciar la Buena Nueva a los hombres de esta sociedad. El Evangelio no ha de ser signo de enajenación, este, por el contrario, como nos enseña María debe hacerse parte de la historia de la humanidad, del pueblo que sufre, pero que también espera. Puebla recuerda que la presencia de María en las bodas de Caná favoreció la fe de los apóstoles en Cristo y por, sobre todo, la unidad de la familia -del pueblo allí representado- ante la angustia y los problemas, el sufrimiento y la reputación, la dignidad y la vida (Jn 2,1-12). Esta función maternal se extendió, al ser asumida en la dimensión e implicación universal de las palabras de Jesús en el calvario.¹⁰⁸

La experiencia de la primitiva Iglesia junto a la Madre en oración demarca un largo camino a recorrer de la mano de la Virgen, pues su presencia en medio de la historia es figura y verdadera experiencia del Emmanuel. Ya en el anuncio del arcángel encontramos en María la disposición al cumplimiento de la promesa de Salvación; es aquí donde María no escatima en entregarse toda ella al servicio de Dios en favor de los hombres. Ya se completará esta idea con la frase última del Magníficat: “Acogió a Israel su siervo, acordándose de la

¹⁰⁶ *Ibíd.*, N° 266.

¹⁰⁷ *Ibíd.*, N° 302.

¹⁰⁸ *Ibíd.*

misericordia -como lo había anunciado a nuestros padres- en favor de Abrahán y de su linaje por los siglos” (Lc 1, 54-55).

Bien resalta el texto conclusivo de Puebla la intervención de María en la fe y la vida de los hombres de buena voluntad:

María, Madre, despierta el corazón filial que duerme en cada hombre. En esta forma nos lleva a desarrollar la vida del bautismo por el cual fuimos hechos hijos. Simultáneamente, ese carisma maternal hace crecer en nosotros la fraternidad. Así María hace que la Iglesia se sienta familia.¹⁰⁹

La Iglesia latinoamericana y los pueblos en ella representados, sienten verdaderamente la cercanía de la madre en los momentos de la historia. Ella en especial, nos guía de modo claro en el sentirnos Iglesia, en vivir a plenitud nuestro bautismo y sus dimensiones. Todos los pueblos, cobijados por la misma madre, podemos sentirnos hijos y al mismo tiempo hermanos en el Hijo del Altísimo.

María es la mujer fuerte porque es la mujer de la oración. Ella nos encamina a ese encuentro con el Dios de la vida, y su clamor se hace clamor del pueblo. Ya ella, humilde joven de Nazareth, manifestaba la grandeza de Dios y reconocía en ella la fuente de todo don sobrehumano. El Magníficat, un texto maravilloso que nos ha dejado Lucas en su Evangelio, es espejo del alma de María. Es en el encuentro con Isabel donde brota de su corazón este hermoso poema. En él llega a su máximo esplendor la espiritualidad de los pobres de Yahvé y el profetismo de la Antigua Alianza. En este cántico se ve a modo profético el anuncio del nuevo Evangelio, el de su Hijo.

En el Magníficat se manifiesta como modelo «para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la “alienación”, como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios “ensalza a los humildes” y, si es el caso, “derriba a los potentados de sus tronos” ...»¹¹⁰

Por ello decimos que la oración de María es la oración del pueblo, un pueblo que siente el poderío de Dios y manifiesta en él su confianza. Es el ejemplo preclaro de la espiritualidad mariana presente en América Latina. Este pueblo, reconoce a María como la gran intercesora

¹⁰⁹ *Ibíd.*, N° 295.

¹¹⁰ *Ibíd.*, N° 297.

ante su Hijo, y descubre en ella el rostro de la misericordia, es la oración de María la que nos lleva a Jesús, es de su mano que caminamos hacia el Reino de los Cielos, y es en su regazo donde encontramos alivio y descanso para nuestras almas. Su oración es el clamor del creyente que alza su voz al cielo para decirle a Dios “aquí estoy para hacer tu voluntad.”

La III Conferencia Episcopal Latinoamericana contiene en sí misma elementos que nos hablan de la espiritualidad mariana como un aspecto intrínseco en la fe de los pueblos latinoamericanos; ella misma se hace presente desde el proceso de evangelización, propiciando el encuentro de dos culturas y convirtiéndose por antonomasia en la maestra de fe, en la protectora y madre de los pueblos nativos, la estrella de la Nueva Evangelización, el camino seguro para conocer a Jesús.

Por otra parte, María en el pueblo latinoamericano tiene rasgos propios que la asemejan y acercan a los creyentes, muestra de ello, como ya hemos mencionado, es el rostro mestizo de la Virgen de Guadalupe, expresión de la identidad de un pueblo que se abre y asume en su realidad la verdad revelada, así la evangelización por medio de María pasa por la inculturación de la fe; María es la Madre misericordiosa que ama, camina y sufre con los pueblos nativos, es signo de liberación y custodia de la fe naciente, rasgos propios de la espiritualidad mariana de los pueblos latinoamericanos.

Por último, cuando se habla de una espiritualidad mariana reflejada en el documento de Puebla, se busca resaltar los rasgos propios de la vivencia del pueblo latinoamericano, ella no es en sí una formulación teórica de lo que debería ser un camino de fe sino que representa una experiencia personal y colectiva, muestra la relación del creyente con María y la vivencia de fe que propicia el encuentro con la Madre de Dios, el documento expresa cómo María ha acompañado el caminar del pueblo latino y ha sostenido su fe desde tiempos remotos, por lo que no se puede prescindir de ella en el proceso evangelizador.

2.4 María evangelizadora del pueblo latinoamericano

El pueblo latinoamericano expresa su fe creyente a través de actos y celebraciones; esta fe se encuentra enraizada en su identidad y adquiere un matiz particular en cada cultura, debido a la apropiación del misterio revelado.

Cuando una comunidad acoge el anuncio de la salvación, el Espíritu Santo fecunda su cultura con la fuerza transformadora del Evangelio. De modo que, como podemos ver en la historia de la Iglesia, el cristianismo no tiene un único modo cultural, sino que, «permaneciendo plenamente uno mismo, en total fidelidad al anuncio evangélico y a la tradición eclesial, llevará consigo también el rostro de tantas culturas y de tantos pueblos en que ha sido acogido y arraigado». En los distintos pueblos, que experimentan el don de Dios según su propia cultura, la Iglesia expresa su genuina catolicidad y muestra «la belleza de este rostro pluriforme». En las manifestaciones cristianas de un pueblo evangelizado, el Espíritu Santo embellece a la Iglesia, mostrándole nuevos aspectos de la Revelación y regalándole un nuevo rostro. En la inculturación, la Iglesia «introduce a los pueblos con sus culturas en su misma comunidad», porque «toda cultura propone valores y formas positivas que pueden enriquecer la manera de anunciar, concebir y vivir el Evangelio», Así, «la Iglesia, asumiendo los valores de las diversas culturas, se hace “*sponsa ornata monilibus suis*”, “la novia que se adorna con sus joyas” (cf. Is 61,10)».¹¹¹

En este sentido, el pueblo manifiesta sus creencias de un modo peculiar, mediante suplicas, oraciones, peregrinaciones, devociones, cantos, danzas y otras formas de piedad que van unidas a su historia y cultura, y la hacen una riqueza para la iglesia particular y universal.

Cuando el pueblo expresa su fe busca manifestar la esperanza que deposita en Dios y en la madre, como un acto de gratitud, de confianza, de súplica o de amparo, que se convierte en testimonio y signo de la presencia de Dios que se comunica a través de la experiencia personal y comunitaria.

Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal.¹¹²

Dichas expresiones de fe a lo largo de la historia se han convertido en celebración y forman parte de la liturgia, han conservado en sí la esencia de la fe nativa que subyace en los actos

¹¹¹ Francisco, “Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual”, N° 116.

¹¹² *Ibid.*, N° 122.

simbólicos y devocionales de los fieles, “De tal manera que lo religioso va de la mano con las expresiones culturales autóctonas de los pueblos amerindios; que a su vez fueron configurando sus liturgias y sus espacios de encuentro con lo divino, en este caso con el Dios cristiano”.¹¹³

Liturgias populares fueron dando paso a tradiciones que se enraizaron en la cultura latinoamericana, acompañadas de lecturas piadosas y religiosas que dieron sentido al nuevo nudo histórico del que participaban los habitantes del “conquistado” continente amerindio. Así, la utilización de actividades procesionales, el establecimiento de santos patronos en las veredas y pueblos, la propagación de las devociones cristológicas y marianas fueron siendo recreadas con elementos propios de los nativos y negros esclavos; que en el fondo guardaban el deseo de “hacer memoria” de sus antiguos ritos y tradiciones. Reflejo de ello, encontramos las devociones a las almas, mezcladas con la doctrina católicas del purgatorio; la sanación del chamán, reemplazada por la bendición del sacerdote o el misionero, los cultos a la Madre Tierra o Pachamama, relacionada con el culto a María, la Madre de Dios.¹¹⁴

La liturgia actual ha ido asumiendo esas expresiones y celebraciones de fe como una riqueza que contribuye al encuentro trinitario y las ha ido purificando de todo aquello que podría alejarlo de la doctrina y los principios teológicos que refieren el misterio revelado.

Las expresiones y celebraciones litúrgicas ofrecidas por los fieles son ante todo una muestra de amor y devoción, y deben ser vistas como un espacio de encuentro que permite acceder a una espiritualidad concreta y a una forma de manifestarla y vivirla; al referirnos de manera particular al pueblo latinoamericano, dichas manifestaciones se relacionan con Dios, con Jesús crucificado, pero también con su madre, de aquí surge una espiritualidad mariana con las características propias que hemos mencionado en los apartados anteriores.

... amor a María; Ella y sus misterios pertenecen a la identidad propia de estos pueblos y caracterizan su piedad popular... los difuntos, la conciencia de dignidad personal y de fraternidad solidaria; la conciencia de pecado y de necesidad de expiación; la capacidad de expresar la fe en un lenguaje total que supera los racionalismos (canto, imágenes, gesto, color, danza); la fe situada en el tiempo (fiesta) y en lugares (santuarios y templos); sensibilidad hacia la peregrinación como símbolo de la existencia humana y cristiana, el respeto filial a

¹¹³ Casaleth, “El Catolicismo Popular Latinoamericano: entre la Conquista y el seguimiento de Jesús”, 50.

¹¹⁴ *Ibíd.*, 35 y 36.

los pastores como representantes de Dios; la capacidad de celebrar la fe en forma expresiva y comunitaria; la integración honda de los sacramentos y sacramentales en la vida personal y social; el afecto cálido por la persona del Santo Padre; la capacidad de sufrimiento y heroísmo para sobrellevar las pruebas y confesar la fe; el valor de la oración; la aceptación de los demás.¹¹⁵

2.4.1 La devoción popular a María en Latinoamérica

El documento de Puebla nos recuerda que la religiosidad popular que se expresa de distintas maneras en los fieles latinoamericanos tiene su núcleo central en la devoción y el amor a la Madre de Dios, de manera particular en el rostro de María de Guadalupe, a quienes la mayoría de los latinos, sin distinción de credo o religión, acuden con devoción y asumen como su madre y protectora; por ende, es característica de la experiencia religiosa, “El pueblo sabe que encuentra a María en la Iglesia Católica. La piedad mariana ha sido, a menudo, el vínculo resistente que ha mantenido fieles a la Iglesia sectores que carecían de atención pastoral adecuada”.¹¹⁶

... toda la experiencia ancestral del nativo amerindiano y luego de su contacto con el cristianismo católico proveniente de Eurasia, se sintetiza en el rostro mestizo de María de Guadalupe; en quien se refleja la continuidad del choque cultural-religioso de las culturas que dieron paso al cristianismo popular en América Latina. Haciendo una lectura histórico-teológica de esta comprensión análoga del documento, podría relacionarse el culto de la tierra de los nativos con la rápida asimilación del culto a la Madre de Jesús en tierras americanas. Esta es una de las características de la religiosidad que se fue consolidando en América Latina y que fue sentando las bases para la pastoral de la Iglesia en estas tierras.¹¹⁷

Las expresiones de fe fueron tributadas entonces a la madre de Dios desde los inicios de la evangelización y se fueron propagando por toda Latinoamérica, aspecto de lo que dan muestra la gran cantidad de santuarios, apariciones y advocaciones de la Virgen en estas

¹¹⁵ III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, “*Puebla* sobre la evangelización en el presente y en el futuro de América Latina”, No. 456, 43.

¹¹⁶ *Ibíd.*, N° 284.

¹¹⁷ Casaleth, *El Catolicismo Popular Latinoamericano: entre la Conquista y el seguimiento de Jesús*, 40.

tierras, como dirá Casaleth, “la figura de la virgen María se superpuso a la figura de Jesús; por ello la gran propagación de santuarios marianos en Latinoamérica”.¹¹⁸

María aparece como un símbolo particularmente apreciado de la cercanía de Dios. Los santuarios son los grandes focos de atracción e irradiación. No hablemos sólo de los santuarios más multitudinarios, como Guadalupe, Itatí, Luján o Chiquinquirá. También vale la pena recordar la riqueza de tradiciones de los santuarios menores, como el de Andacollo, en Chile, donde las danzas de distintas cofradías, acompañadas con guitarras, acordeones, platillos y flautas, son parte del culto festivo que se rinde a la Virgen.¹¹⁹

2.4.2 El encuentro con María, expresión de fe y celebración

El encuentro con la Madre de Dios es también para el creyente un momento de celebración, de regocijo por su presencia e intercesión, es la oportunidad propicia para agradecer, orar y vivir la liturgia Eucarística, con símbolos propios que expresen el amor y la esperanza del pueblo.

Se ha de comprender que estas expresiones de fe y las celebraciones realizadas en presencia y en honor a la Madre de Dios, llegan a convertirse en una espiritualidad que encarna el amor y la devoción, siempre y cuando estas no sean un mero acto, sino que lleven al creyente a ahondar en un camino de fe que lo acerque al Dios uno y Trino del que María es portadora.

A su vez podemos decir que la espiritualidad mariana tiene su punto de partida en dichas expresiones y celebraciones de fe, ha de surgir ésta como fruto de ese encuentro constante que genera en los fieles el deseo por seguir los pasos de María, por imitar sus virtudes y acercarse al Hijo de Dios del que la Madre es portadora; por ende, las distintas expresiones, celebraciones, y lugares donde se le rinde tributo a la Madre de Dios, son para los fieles creyentes y no creyentes, un espacio de transformación, de conversión y crecimiento espiritual.

El santuario mariano es un lugar de transformación y renovación evangélica de la cultura popular y de la experiencia histórica del pueblo, grupo o familia, y a la vez una instancia crítica de sus debilidades religioso-morales y de las desorientaciones práctico-doctrinales de

¹¹⁸ *Ibíd.*, 29.

¹¹⁹ Fernández, “Una interpretación de la religiosidad popular”, 2.

su fe evangélica. El encuentro devocional con María es siempre un llamado hacia Cristo y hacia el Evangelio; la figura de María es un camino hacia el misterio de Cristo y un modelo de cómo ser conformes al evangelio. De alguna manera el pueblo presiente, vive y expresa estas profundas conexiones cristológico-marianas cuando habla de la Virgen como la Madre de Dios y de los hombres, la mujer más santa, la pura y limpia, la más bella, la madre protectora, virgen bendita, intercesora, milagrosa y a la vez modelo de vida.¹²⁰

La espiritualidad mariana comprendida como un camino que permite al creyente acercarse a la revelación, se convierte en expresión de la fe y de celebración del pueblo latinoamericano, porque ella contiene en sí misma la vivencia personal y comunitaria del encuentro de los hijos con la Madre de Dios, a través de distintas manifestaciones de piedad, devoción que terminan siendo celebración.

Cada advocación de la Virgen es vivida como una visita de María al pueblo amado. Cada imagen suya en medio de la gente es un signo de su cercanía materna. Los testimonios de muchos de los peregrinos indican que no sólo van a pedir o a cumplir una promesa, sino que van con ternura a expresar su amor a la Madre, como respuesta al amor que reciben de ella. En la actitud de profunda veneración que advertimos en los peregrinos, vemos que ellos saben que en un santuario hay mucho más que un trozo de materia pintada. Allí está la presencia afectuosa de la Madre que se reconoce a través del signo simple de la imagen. Cuando, a través de ese signo, el creyente se reconoce amado y valorado, la fe se convierte en estímulo para vivir dignamente y defender los propios derechos. La tradición mexicana cuenta que María llamaba al indiecito Juan Diego el más pequeño de mis hijos como expresión de cariño y de predilección, que invitaba a valorar la dignidad de los indígenas. Podemos recordar también la devoción a Nuestra Señora de la Caridad del Cobre, cuyo culto estuvo en los orígenes de un movimiento de emancipación de los negros esclavos.¹²¹

La espiritualidad mariana es, por ende, contendora de esa riqueza ancestral que ha sostenido y acrecentado la fe en América Latina, es fruto de la experiencia de los creyentes y camino de encuentro y de liberación personal y comunitaria.

¹²⁰ Díaz, “María en la religiosidad popular colombiana”, 104.

¹²¹ Fernández, “Una interpretación de la religiosidad popular”, 2.

Capítulo 3

Espiritualidad mariana, camino de santidad para el pueblo latinoamericano

En los dos capítulos precedentes, hemos hablado a profundidad acerca de la espiritualidad mariana y el rostro propio que se ha configurado en América Latina. María, su maternidad, cercanía, fortaleza, junto con los rasgos propios de su presencia en nuestros pueblos, se sigue renovando y actualizando en la experiencia de los fieles, de manera que la espiritualidad mariana continúa siendo un medio de evangelización; esto nos lleva a preguntarnos ¿en qué forma la espiritualidad mariana puede convertirse en camino para aquellos que no han abrazado ninguno? ¿Cómo acercar a la Madre, maestra y compañera de camino a aquellos que no han bebido de las fuentes más profundas de nuestra identidad religiosa y cultural, o a aquellos que aún no la han descubierto?

Las preguntas planteadas pueden llevarnos a pensar únicamente en aquellos alejados de la fe católica o de las manifestaciones de piedad popular, sin embargo, las mismas quieren implicar a aquellas comunidades parroquiales donde se percibe la división, la soledad, la desarticulación de acciones que en muchos casos llevan por caminos particulares o grupales, pero no a la comunión del Reino y en pos del seguimiento de Jesucristo; así mismo, quieren incluir a los adolescentes, jóvenes y adultos, que se ven envueltos en la vorágine dicotómica de buscarlo todo y no tener nada. ¿Es entonces posible que una espiritualidad de la cercanía, la escucha, la ternura, la solidaridad, la comunión, no tenga nada que decirnos hoy?

La espiritualidad mariana quiere ser un camino para todos, un medio de evangelización continua para quienes forman y son parte activa de la iglesia latinoamericana, aquellos que se encuentran en búsqueda de caminos y se preguntan por el sentido de sus vidas y aquellos que se encuentran más alejados, sumergidos y sometidos por los cambios constantes de la sociedad.

La profundidad de la experiencia latinoamericana, que encuentra en María una madre, intercesora y compañera de camino, puede favorecer la vivencia de una espiritualidad mariana como camino de santificación personal y comunitaria, entendiendo esta santificación como la plenificación del sueño de Dios en cada hombre y mujer.

3.1 Cómo acercarnos a la espiritualidad mariana

La espiritualidad mariana es tal, en la medida que se encarna en los fieles, es ante todo una vivencia que requiere de la apertura de cada persona, por lo que hemos de acercarnos no desde la barrera, sino dando un paso adelante para poder conocer, experimentar y vivenciar lo que esta rica espiritualidad nos ofrece, con la conciencia y seguridad que es un camino donde no vamos solos, pues María va de nuestro lado, enseñándonos la ruta para vivir a plenitud cada día.

El acercamiento a la espiritualidad mariana pide una actitud de escucha, de confianza plena en la Madre de Dios que nos dice “haced lo que él les diga” (Jn. 2,4); así hemos de llenar nuestras tinajas de agua para que el Señor la convierta en el vino nuevo que necesitamos y vaya transformando nuestras tristezas, preocupaciones y dificultades en alegría y abra nuestros ojos ante el milagro que Jesús va haciendo en nosotros por petición de su Madre.

El pasaje de las bodas de Caná también nos enseña que acercarnos a esta espiritualidad requiere invitar a María, a ser parte de los acontecimientos de nuestra vida, a presentar nuestras necesidades ante su Hijo siendo nuestra intercesora. Estas disposiciones nos permitirán conocer a María, experimentarla en nuestras vidas y vivenciar las actitudes que de ella vamos aprendiendo.

3.1.1 Conocer a María en la espiritualidad mariana

La espiritualidad mariana encierra en sí misma el conocimiento de la Virgen María, nos permite reconocer en ella la acción de Dios, aproximarnos a su vida, a la forma que tuvo de afrontar las dificultades y de asumir el proyecto de Dios para consigo, para con su hijo y para con su pueblo; por tanto, no podemos prescindir del conocimiento de María para vivir una genuina espiritualidad mariana.

El conocimiento de la Virgen María nos mostrará los valores que hay en ella y la hará más cercana a nosotros, abonará el camino para que podamos identificarnos con ella, acrecentando el afecto filial y la devoción a la Madre de Dios.

En este sentido, hay que conocer para amar, y la Iglesia nos ofrece distintos medios para conocer a María; la Sagrada Escritura como medio por excelencia, la tradición de la Iglesia

y la vida sacramental nos develan quien es ella en su más íntima unión con Cristo y la humanidad.

Podemos conocer a María desde la escritura, distintos pasajes nos hablan de ella y nos permiten establecer la importancia de su papel en nuestro camino de salvación. Una lectura consciente del evangelio hará posible un acercamiento a la Madre de Dios y a su vida, ligada íntimamente a la de su Hijo, así mismo, la tradición de la Iglesia nos ofrecerá algunos otros datos que nos permitirán conocer hechos de su vida que no se encuentran en los pasajes bíblicos, también podemos aproximarnos a la experiencia, que, de María, tuvieron las primeras comunidades cristianas.

Dicha lectura, debe ser orante, puesto que la espiritualidad mariana no quiere quedarse sólo en el conocimiento racional de los pasajes evangélicos, sino desentrañar el misterio y vincular al creyente con la vida de María. Algunos pasajes que podrían ayudarnos a hacer este acercamiento nos son muy conocidos, pero es laudable volver sobre ellos.

El pasaje de la anunciación que nos ofrece Lucas (Lc 1,26-38) es de gran riqueza, el diálogo que entabla con el ángel nos ofrece datos sobre quién es María y cuál es la misión que Dios le encomienda, y su disposición para realizarla, en este mismo pasaje ella misma se denomina esclava del Señor, (Lc 1,38), reconociendo su humanidad.

El saludo del ángel a María ha atraído la atención de la tradición de la Iglesia. El gran exégeta Orígenes fue el primero en darse cuenta, o en todo caso en hacer notar, que María había sido saludada por el ángel con un saludo nuevo, que no se encontraba en la Escritura ni había sido dirigido a nadie, pues estaba reservado sólo para ella.¹²²

La tradición nos enseña que María fue completamente llena de gracia. san Ambrosio lo muestra con claridad cuando afirma: “¿A quién concedió Dios más gracias que a Su Madre?”¹²³. Autores tan importantes como san Buenaventura, Corrado de Sajonia y santo Tomás de Aquino ofrecen comentarios sobre Lc.1, 28 y el ave maría que son una verdadera mina de enseñanzas sobre su vida espiritual. san Luis de Montfort lo explica con claridad:

¹²² Flores, “La Espiritualidad Mariana”, 12.

¹²³ Ibid., 33.

El torrente impetuoso de la bondad de Dios, estancado violentamente por los pecados humanos desde el comienzo del mundo, se explaya con toda su fuerza y plenitud en el corazón de María. La Sabiduría le comunica todas las gracias que hubieran recibido de su liberalidad Adán y sus descendientes si hubieran conservado la justicia original ... toda la plenitud de la divinidad se derrama en María, en cuanto una pura creatura es capaz de recibirla ... solamente su Creador puede comprender la altura, anchura y profundidad de las gracias que le comunicó.¹²⁴

La Sabiduría Divina dispuso el misterio inefable de amor para salvación de la humanidad, y había pensado en la Virgen de la cual se encarnaría el Hijo de Dios. Cuando llegó la plenitud del tiempo (Gal 4, 4), Dios envió al ángel Gabriel a pedir el consentimiento de esta criatura suya, que él había escogido y se había preparado para que colaborara de forma totalmente impar en su designio salvífico. Como enseña el papa Juan Pablo II junto con toda la tradición, “nunca en la historia del hombre tanto dependió, como entonces, del consentimiento de una criatura humana”¹²⁵, porque “el Padre de la misericordia quiso que precediera a la Encarnación la aceptación de la Madre predestinada”.¹²⁶

El pasaje de la anunciación nos enseña que María es Madre de Dios Hijo, es sagrario del Espíritu Santo por la concepción de Jesús y, por ende, es Virgen y Madre; ella se convierte en modelo de todo verdadero creyente al precedernos en el camino de la fe y cooperar activamente en el plan de redención con su “sí” a Dios, al decir: “Hágase en mí según tu palabra” (Lc 1,38), así mismo María realiza de la manera más perfecta la obediencia de la fe, “Durante toda su vida, y hasta su última prueba, cuando Jesús, su hijo murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en la palabra de Dios”.¹²⁷; María es hija de Dios Padre, es la elegida de Dios “entre todas las mujeres”, por ello el ángel la llama: “llena de gracia” (Lc 1, 28), es decir, desde el principio, de no ser así, el ángel le hubiera dicho: “serás llena de gracia”, es decir, antes no, pero ahora sí.¹²⁸

¹²⁴ Grignon de Montfort, El amor de la Sabiduría eterna, N° 106.

¹²⁵ Juan Pablo II, “Carta apostólica *Tertio millennio adveniente* sobre la preparación del jubileo del año 2000”, N°12 y N°54.

¹²⁶ Concilio Vaticano II, “Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia”, N° 56.

¹²⁷ Catecismo de la Iglesia Católica, N° 149.

¹²⁸ *Ibid.*, N° 490.

Otros pasajes de la Escritura como el magníficat, las bodas de Caná, y otros más, nos refieren a las características de María, a la relación que tiene con Dios y su experiencia de fe. Por su parte, la Tradición no sólo habla de las gracias que María recibió de parte de Dios, sino también la respuesta legítima que ella retorna, el Papa Pablo VI decía:

Es bueno... tener presente que la eminente santidad de María no fue sólo un don singular de la liberalidad divina: esa fue también el fruto de la continua y generosa correspondencia de su libre voluntad a las mociones interiores del Espíritu Santo. Es por motivo de la perfecta armonía entre la gracia divina y la actividad de la naturaleza humana que la Virgen rindió gloria suma a la Santísima Trinidad y se convirtió en modelo insigne de la Iglesia¹²⁹.

Otro medio para acercarnos a María son los sacramentos, de manera particular la Eucaristía. En este admirable misterio descubrimos el rostro de la bienaventurada, pues cada vez que el Sacerdote nos hace participar del cuerpo y la sangre de Cristo, recordamos que Ella, escogida y digna fue quien en carne propia nos comunicó por parte de Dios tan alto misterio.

«Feliz la que ha creído» (Lc 1, 45): María ha anticipado también en el misterio de la Encarnación la fe eucarística de la Iglesia. Cuando, en la Visitación, lleva en su seno el Verbo hecho carne, se convierte de algún modo en «tabernáculo» –el primer «tabernáculo» de la historia– donde el Hijo de Dios, todavía invisible a los ojos de los hombres, se ofrece a la adoración de Isabel, como «irradiando» su luz a través de los ojos y la voz de María. Y la mirada embelesada de María al contemplar el rostro de Cristo recién nacido y al estrecharlo en sus brazos, ¿no es acaso el inigualable modelo de amor en el que ha de inspirarse cada comunión eucarística?¹³⁰

La Eucaristía, en efecto, como el canto de María, es ante todo alabanza y acción de gracias. Puesto que el Magníficat expresa la espiritualidad de María, nada nos ayuda a vivir mejor el Misterio eucarístico que esta espiritualidad. “¡La Eucaristía se nos ha dado para que nuestra vida sea, como la de María, toda ella un magníficat!”¹³¹

Una forma segura de conocer los efectos concretos que produce la verdadera espiritualidad mariana es estudiar la vida y obra de los santos. En ellos se puede comprobar con gran claridad como un tierno amor, una invocación constante y confiada, una entrega total y

¹²⁹ Pablo VI, “Exhortación Apostólica *Signum magnum* sobre la consagración a la Santísima Virgen”, N° 12.

¹³⁰ Juan Pablo II, “carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, sobre la eucaristía y relación con la Iglesia”, N° 55.

¹³¹ *Ibid.*, N°58.

sincera a la Santísima Virgen siempre conduce a un desarrollo de la vida espiritual, a una gran fidelidad a la Iglesia, y a una acción y compromiso pastoral de incomparable fruto.

Estos aspectos nos permiten comprender que podemos acceder al conocimiento de María por distintas fuentes, a la vez que nos invitan a trascender el conocimiento racional hacia a la experiencia que nos lleve a establecer un diálogo con la Madre de Dios que produzca frutos de santidad y el deseo de querer participar de su gracia y protección.

3.1.2 Experimentar la presencia de María en la propia vida

La espiritualidad mariana consiste esencialmente en seguir a Jesús a ejemplo de María; ella comporta en sí misma un camino de crecimiento personal y comunitario que es fundamentalmente una experiencia de encuentro que coloca al creyente en camino, como dirá Ballesteros: “Antes de ser una doctrina, la espiritualidad mariana es un camino personal y comunitario, una experiencia de vida y de fe”.¹³²

La experiencia es una forma de conocimiento que adquirimos de manera vivencial, es la forma de percibir un acontecimiento o realidad que posee un individuo, “tiene que ver con el sentido, posibilita un más pleno conocimiento del mundo que nos rodea, contiene una realidad, significa algo, afirma una verdad que, ciertamente, no es demostrable con los criterios de las ciencias. Como es la experiencia del amor. Como es la experiencia del temor (...). Como es la experiencia religiosa”.¹³³

La experiencia puede ser vivida tanto de manera individual como comunitaria, pero adquiere distinto significado para cada persona, según sea el grado de percepción de dicha realidad; “la experiencia, en cuanto humana, puede trascender la realidad que percibe y descubrir en ella otros y más ricos niveles de significación. Esto porque los seres humanos somos capaces de descubrir que el mundo en el que vivimos y las cosas que nos rodean, trascienden su existencia inmediata”.¹³⁴

En este sentido la espiritualidad mariana es una experiencia de vida personal y comunitaria que trasciende la realidad natural y permite al creyente percibir lo divino, lo sagrado, en

¹³²Monroy, “La espiritualidad Mariana: ¿Opción o esencial para el cristiano?”, 37.

¹³³ Corpas de Posada, “Experiencia religiosa y lenguaje religioso: aproximación teológica”, 63.

¹³⁴ *Ibíd.*

medio de realidad que le acontece, a través de las practicas, devociones, expresiones de fe, así como por el ejemplo y la vida de la Virgen María; esto hace necesario que el creyente experimente en sí mismo, en su vida, la presencia de María y que esta permee más allá de lo cognitivo.

La espiritualidad mariana dispone al individuo no solo para conocer sobre la Virgen María, sus favores, manifestaciones, devociones, sino que también para experimentarla, conocerla, sintiendo en su interior y en su vida, la presencia real de María como Madre, protectora y compañera de camino; es este aspecto el que le permite nombrarla como suya, estableciendo una relación filial, un vínculo Madre e hijo que llevará al fiel a recurrir a ella en sus necesidades y lo dispondrá a su escucha e imitación.

Experimentar la presencia de María como Madre es característico del pueblo latinoamericano, le es propio, es intrínseco a su identidad, a su historia, a su contexto cultural y religioso, ha estado presente desde la época de la colonización y ha venido creciendo, haciéndose más profundo y vital con el paso de los años. María, hasta nuestros días ha sostenido la fe del pueblo latinoamericano, es punto de encuentro, de diálogo, de auxilio para creyentes y no creyentes.

Las distintas advocaciones marianas en Latinoamérica parten de una experiencia, hemos mencionado ejemplos de esto en capítulos anteriores, como el encuentro del indio Juan Diego con la Virgen de Guadalupe, allí se da una experiencia de fe, una relación filial que luego es reiterada y vivida de manera nueva y renovada por todos los fieles que se acogen a ella y la experimentan también como madre y protectora; la misma escena se reproduce con distintas características en la advocación de Nuestra Señora de Coromoto en Venezuela, María sale al encuentro del cacique Coromoto y su mujer, la Virgen se manifiesta, entabla un diálogo con ellos en su lengua nativa, y luego vuelve a aparecerse en distintas ocasiones al cacique Coromoto, hasta lograr que éste acepte ser bautizado.

Las otras manifestaciones de la Virgen María en estas tierras poseen la característica común del encuentro de la Madre con los hijos, la relación y el diálogo que nos hablan de una experiencia de fe que se da tanto en Juan Diego como en Coromoto y así en muchos otros que se acogieron a la protección de la Madre de Dios y experimentaron su presencia.

La experiencia de encuentro con María, sigue siendo el motivo principal que coloca a los fieles en camino y mantiene viva la devoción, el amor, la filiación con la Madre de Dios en los distintos templos, santuarios y lugares donde se venera; en ellos continuamente María sigue haciéndose presente cada vez que es elevada una oración, una súplica, una mirada, una lágrima hacia ella; se podría decir que vuelve a aparecer, como se apareció al indio Juan Diego, a Coromoto y a otros tantos, para reiterar su promesa de acompañarlos e interceder por cada uno.

Es el afecto a la Madre de Dios el germen que hace fecunda una espiritualidad que lleva al encuentro con Dios, a la santificación personal y comunitaria; cuando nos referimos a un germen, consideramos que es una semilla que se encuentra depositada en cada fiel y necesita ser cultivada para que empiece a crecer paulatinamente, al principio será imperceptible pero en la medida en que es cuidada y cultivada va creciendo con tal vitalidad que se convierte en árbol fecundo que da frutos de santidad .

Por ende, la experiencia mariana es un presupuesto básico para decidir seguir a Jesús a ejemplo y acompañado por María, sin esta, la espiritualidad mariana carecería de valor trascendental y se quedaría en prácticas devocionales, culturales o tradicionales.

Una forma de experimentar a la Madre de Dios, como ya hemos mencionado, es hacer una lectura orante de la palabra y de los misterios a los que ella se encuentra íntimamente ligada; otra forma de aproximarnos a ella y que ha sido elemento característico de la experiencia latinoamericana, es colocarnos en camino, es decir, participar en procesiones, visitas a los santuarios, realización y cumplimiento de promesas, el rezo del rosario y la realización de otras prácticas devotas. Los espacios de soledad y de encuentro nos permiten elevar el corazón junto con plegarias, acción de gracias y suplicas a María, sintiéndola como Madre nuestra; en cada lugar donde se venera y se eleva una oración a la Virgen María, allí se derrama el corazón de un creyente y vuelve a renovarse la presencia de María en medio de nosotros.

3.1.3 Vivir la espiritualidad mariana

Las formas en las que se concreta la espiritualidad mariana no pueden limitarse a unas acciones y a unas actividades, algo tan profundo motiva e impregna lo que hacemos, decimos y queremos.

No pretendemos agotar las formas en las que se manifiesta o puede manifestarse la espiritualidad mariana, esta es una tarea imposible, sin embargo, acogiendo los rasgos propios de esta espiritualidad en Latinoamérica, mostramos algunas líneas pedagógicas que pueden suscitar y motivar la acogida de esta espiritualidad, para tal fin, sugerimos algunas posibles acciones para ambientes de tipo formativo que contribuyan a esta vivencia.

Hemos de considerar en un primer momento que María es Madre y maestra, y podríamos quedarnos con el primer atributo, pues claramente, nuestra primera maestra, es nuestra madre, ella nos enseña, incluso cuando parece no hacerlo, cuando habla, cuando actúa o cuando calla. El ser madre y maestra en María, se manifiesta en el interés por sus hijos, no importa la advocación latinoamericana que convoquemos, Guadalupe, Coromoto, Chiquinquirá, su pedagogía es de escucha, de paciencia, de confianza, de esperanza, de conciliación, de inclusión. La narración del hecho Guadalupano por su extensión y detalle es claro y dicente. María considera el ser, pensar y conocer de Juan Diego, se interesa por él ¿a dónde vas?... ¡no te aflijas! ... ¡no se turbe tu corazón!¹³⁵; en el Evangelio, podemos encontrarla saliendo a la ayuda de su prima Isabel, buscando a su hijo que se ha perdido, acompañando y fortaleciendo a los apóstoles y seguramente consolándolos.

En los procesos formativos, la escucha, el interés, el cuidado de unos por otros, es necesario; devuelve tanto a los que escuchan como a los que comparten, la calidad de humanos y hermanos. ¡Qué sanador y liberador es este tipo de diálogo! Dentro de la formación en la espiritualidad mariana tendría que favorecerse la escucha, la acogida el salir al encuentro del otro, yendo a visitar algún enfermo, o a algún centro de cuidado. En lo pastoral, promoviendo centros de escucha, visita a las familias, resignificando los actos de piedad, acogiendo en

¹³⁵ Valeriano, “Nacán Mopohua: documento histórico sobre Guadalupe.”

ellos a la realidad, y haciéndolos fructificar. Para nuestros pueblos, actos como las peregrinaciones, están llenos de simbolismo; María misma peregrinó y peregrina con su pueblo, pero es necesario recordar las peregrinaciones de María, sus motivaciones, su finalidad. Los santuarios son y serán la casa segura de la Madre, pero ella ha querido que sea la casa de los hermanos.

María, es también signo de comunión, no se han visto procesos de paz y de reconciliación, tan efectivos y llenos de delicadeza como los protagonizados por María. Cuando los misioneros en estas nuevas tierras no podían hacer más, y las enfermedades, la derrota y la tristeza habían sometido al pueblo, llega María. En *el diálogo de los doce* leemos: “Somos gente vulgar, somos percederos, somos mortales, déjennos pues morir, déjennos ya perecer, puesto que ya nuestros dioses han muerto.”¹³⁶ María llega a unir culturas enteras enfrentadas, es cierto, muestra la predilección de su Hijo a través de sus diferentes advocaciones en nuestras tierras, pues quienes la ven de primera mano, son los pobres, ellos son los primeros testigos, y como tales son enviados hacia los “vencedores” y en ese encuentro el magnificat toma nuevos labios, la de todos aquellos “vencidos”.

Hoy en nuestros días las diferentes realidades, ya sean conflictos, sistemas de gobierno cerrados y corrompidos, sistemas político-económicos opresivos, parecen estar muy por encima de nuestras fuerzas y posibilidades, muchos pensamos ¿qué puedo hacer o decir yo? María y sus mensajeros, nos muestran un camino de libertad, que está en el diálogo, en dar mi palabra. Hemos mal aprendido que el fin de todo debe ser el éxito, entendido este, como la realización efectiva de lo que quiero, o más bien como lo quiero y espero. Pero María junto a su Hijo nos muestran una libertad que brota desde adentro y que no nos puede ser arrebatada. La Virgen nos hace recomponer nuestra relación entre ganar y perder. Cuanto bien hará a nuestros procesos formativos ayudarnos y acompañarnos en caminos de liberación, personal y comunitaria; comprometiéndonos en causas de bien común, redignificando y en ese proceso, recuperar nuestra propia dignidad, recordando que el ser hijos implica ser hermanos. No hay perdón ni comunión sin amor, pero tampoco sin el reconocimiento del mal que obstruye las vías de la unidad.

¹³⁶ De Sahagún, “El diálogo de los doce. El diálogo de 1524”.

Los elementos de la espiritualidad mariana que hemos señalado son sólo algunos de los muchos que nos aporta, desde su mariología, el documento de Puebla, permitiéndonos profundizar en la espiritualidad mariana. El documento conclusivo de la III Conferencia nos muestra a María como estrella de la evangelización, ella nos guía, nos ilumina el camino, nos lleva a Jesús, no importa la circunstancia en la que la contemplemos; sus palabras, sus actos nos conducen a Dios, esta es la ruta, es el camino inequívoco que nos muestra la Madre, y que nos invita a seguir; ser luz, y también compañeros de camino de muchos. Todo acto de piedad popular, devoción, o manifestación mariana debe partir y llevarnos a Dios, esta es la corroboración y la garantía de una verdadera espiritualidad mariana.

La espiritualidad mariana, nos es tan natural a los habitantes de estas tierras, nos sentimos atraídos por la Madre, incluso los hijos alejados se muestran muchas veces curiosos. Como toda espiritualidad, se va nutriendo y profundizando en la experiencia de quienes la hacen vida, nunca será un tema por concluir, sino un camino a andar. Sin embargo, pretendemos insinuar la vivencia de una espiritualidad viva y vivificadora, que es la que nos muestra María.

Muchos mexicanos dicen: “aquí no se apareció la Virgen, aquí vive, aquí se quedó”. Que la vida, el testimonio, la presencia de María nos impulsen a seguir a Jesús, imitándola, amándola y amando lo que ella ama, a su Hijo y a toda la humanidad.

Conclusiones

Al concluir la presente investigación nos damos cuenta de que las intuiciones, los conocimientos previos y otras experiencias, a lo largo del camino se han convertido en certezas y afirmaciones, en este proceso hemos podido entretejer todos estos elementos que nos permiten hablar de una espiritualidad mariana presente en los pueblos latinoamericano, adquiriendo una experiencia significativa a nivel personal y queriendo contribuir con esta investigación al bien de la Iglesia. Ofrecemos ahora las conclusiones a las que hemos llegado y que desean, en conjunto con todo el trabajo presentado, redundar en frutos de santidad.

El documento conclusivo de Puebla recoge la profunda experiencia del pueblo, y al hacerlo, sintoniza en singular armonía con María de los Evangelios, de la Tradición de la Iglesia y del Magisterio universal. A partir del Concilio Vaticano II, avistamos una nueva forma de acoger la realidad, no como un terreno para adoctrinar, sino como un espacio a iluminar; las conferencias de Medellín y Puebla son herederas de este método de lectura y exposición. El documento conclusivo de Puebla, tal como hemos afirmado, contiene una mariología no vista en conferencias anteriores, pero que es un reflejo del sentir y la experiencia de casi todo un continente.

La espiritualidad mariana en Latinoamérica surge de la devoción popular mariana y encuentra en ella el cauce para la evangelización de los pueblos latinoamericanos, se vale de las manifestaciones de piedad y amor a la Madre de Dios para acercar a los fieles a la fe y contribuir a su santificación personal, teniendo como modelo a María.

Los elementos propios de la espiritualidad mariana en Latinoamérica que podemos resaltar en el documento de Puebla nos refieren a la presencia de María como centro de la evangelización y portadora de la revelación de su Hijo, aspecto vital en la propagación y acogida del evangelio por parte de los nativos; vemos también a María como modelo de espiritualidad y de fe, por su vida y testimonio; otro elemento propio es la identificación de María con el rostro materno misericordioso de Dios, a través de ella los fieles latinoamericanos experimenta el amor y la bondad de Dios, su acogida y presencia en las diversas circunstancias de dolor, opresión y liberación; María es también la voz de unidad entre el pueblo y Dios, la unión de dos pueblos y la inculturación del evangelio que se refleja patentemente en el rostro de Nuestra Señora de Guadalupe.

A su vez, la espiritualidad mariana en Latinoamérica resalta aún más por la cercanía que experimentan los fieles hacia la Virgen María, su compañía y su presencia continua nos hace ver como Ella no es lejana al pueblo, sino que es asumida en su historia y en su vida cotidiana, motivo por el cual es por antonomasia la Madre de Dios y madre nuestra; este último título encierra en sí mismo toda la riqueza de la espiritualidad mariana y la identificación de los creyentes con María.

María como madre y compañera de camino es objeto de afecto y devoción por parte de creyentes y no creyentes, su arraigo en tierras latinoamericanas se evidencia en el respeto, veneración y en las distintas advocaciones esparcidas por todo el continente, y que son objeto de continuas peregrinaciones.

María y su espiritualidad, ha mantenido la fe y la vitalidad de los pueblos latinoamericanos aun cuando en muchos de ellos es escasa la atención pastoral. La Bienaventurada en su acción maternal ha sabido inyectar vida nueva en nuestros pueblos y les ha dado la fuerza para mantenerse en pie durante siglos, manifestándonos su presencia en todo tiempo. Nos atrevemos a afirmar la existencia de una verdadera espiritualidad mariana no sólo por la celebración de actos externos, de piedad popular o prácticas litúrgicas, sino por los frutos de santidad que producen en los fieles y a través de ellos.

La espiritualidad mariana en Latinoamérica en una riqueza propia, que no puede, ni debe dejarse al margen de las respuestas que nuestras sociedades exigen, pues los problemas que en ella vemos, son clamores, preguntas, súplicas a veces silenciosas de nuestras naciones. La espiritualidad mariana es, desde esta perspectiva una respuesta a construir un camino de sentido, de contemplación y de comprometida acción.

Por último, hemos de reconocer que María se encuentra en el corazón mismo de Latinoamérica, su devoción y el afecto con lo que los fieles se dirigen a ella es una semilla de nueva y continua evangelización que puede convertirse en camino de santidad, encausados a una verdadera espiritualidad mariana. En María hemos de encontrar el camino seguro para acceder a Dios e ir forjando nuestra propia salvación.

Bibliografía

- Aldama, José Antonio. “María en la Patrística de los siglos I y II”. En *María en el Nuevo Testamento*, por R. Brown, K. Donfried, J. Fitzmyer y J. Reumann, 6-24. Salamanca: Ediciones Sígueme, 2002.
- Arráez, Morella; Calles, Josefina; Moreno de Tovar, Liuval. “La Hermenéutica: una actividad interpretativa.” *Sapiens 2* (2006): 171-181.
- Boff, Leonardo. *El rostro materno de Dios. Ensayo interdisciplinar sobre lo femenino y sus formas religiosas*. Madrid: Ediciones Paulinas, 1979.
- Bojorge, Horacio. “La Virgen María en los evangelios”. medioscan.com, <http://www.medioscan.com/pdf/maria/lavirgenenevangeliros.pdf> (consultado el 2 de junio de 2019).
- Caro Mendoza, Roberto. “María en la reflexión de la iglesia Latinoamericana.” *Theologica Xaveriana 53* (1979) 363-405.
- Casaleth Faciolince, Andrés Miguel. “El catolicismo popular latinoamericano: entre la conquista y el seguimiento de Jesús.” Trabajo de grado para optar por el título de Licenciado en Teología, Universidad de San Buenaventura, Bogotá, 2014.
- Catecismo de la Iglesia católica. http://www.vatican.va/archive/catechism_sp/lettera-apost_sp.html (consultado el 15 de octubre de 2019).
- Cerbelaud, Dominique. *María: un itinerario dogmático*. Salamanca: Editorial San Esteban, 2005.
- Chitarroni, Leandro Horacio. “Explicitación teológica y posibilidad: el símbolo guadalupano y una pragmática para nuestras transmisiones salvadoras.” Tesis de licenciatura especializada en teología pastoral, Pontificia Universidad Católica de Argentina, San Nicolás, 2013.
- Concilio Vaticano II. “Constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia”. http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19641121_lumen-gentium_sp.html (consultado el 27 de junio de 2019).
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Aparecida, Discípulos de Jesucristo, para que nuestros pueblos en él tengan vida*, Ciudad de México. Ediciones CEM, 2007.

- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Puebla Sobre la evangelización en el presente y el futuro de América Latina*. Ciudad de México. Ediciones CEM, 1979.
- Conferencia General del Episcopado Latinoamericano. *Santo Domingo, Nueva evangelización, promoción humana, cultura cristiana. Jesucristo ayer, hoy y siempre*. Ciudad de México. Ediciones CEM, No. 1992.
- Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. “Directorio sobre la piedad popular y la liturgia. Principios y orientaciones.” http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccdds/documents/rc_con_ccdds_doc_20020513_vers-direttorio_sp.html (consultado el 29 de agosto de 2019)
- Congregación para la Educación Católica. “La Virgen María en la formación Intelectual y Espiritual.” http://www.vatican.va/roman_curia/congregations/ccatheduc/documents/rc_con_ccatheduc_doc_19880325_vergine-maria_sp.html, (consultado el 20 de julio de 2019).
- Corpas de Posada, Isabel. “Experiencia religiosa y lenguaje religioso: aproximación teológica.” *Franciscanus* 153 (2010): 57-95.
- De Fiores, Stefano. *María, Madre de Jesús. Síntesis histórico-salvífica*. Salamanca: Secretariado Trinitario, 2003.
- De Sahagún, Bernardino. “El diálogo de los 12.” En *Coloquios y Doctrina Cristiana*. Ciudad de México. Editorial UNAM, 1986.
- Díaz Camacho, Pedro José. “María en la religiosidad popular colombiana. Fenomenología religiosa y hermenéutica teológica.” *Albertus Magnus* 4 (2012): 93-129.
- Duarte, Luisa Mercedes. “María y la Iglesia Latinoamericana según el documento de Puebla.” *Theologica Xaveriana*, 92 (1989): 317-334.
- Eliade, Mircea. *Historia de las creencias y de las ideas religiosas II. De Gautama Buda hasta el triunfo del cristianismo*. Barcelona: Paidós, 1999.
- Esquerda Bifet, Juan. “María y nuestra vida espiritual.” *Revista de espiritualidad* 55, (1996): 45-66,
- Farrel, Gerardo T. “María en la evangelización de la Cultura Latinoamericana.” *Medellín* 32 (1982): 534-539.
- Fernández, Victor Manuel y Carlos M. Galli. *Teología y Espiritualidad. La dimensión espiritual de las diversas disciplinas teológicas*. España: San Pablo, 2005.

- Fernández, Víctor Manuel. “Una interpretación de la religiosidad popular.” *Revista Criterio* 2300 (2004): 737-741.
- Flores, Deyanira. “La espiritualidad mariana: La espiritualidad de María – la presencia y la función de la santísima Virgen en la vida espiritual de todo cristiano”. http://www.celam.org/documentacion/doc_03.doc (Consultado el 22 de julio de 2019).
- Francisco, *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium sobre el anuncio del Evangelio en el mundo actual.* ” Ciudad de México: San Pablo, 2014.
- Francisco. “Discurso del santo padre Francisco a los participantes del congreso internacional con ocasión del 40 aniversario de la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano en Puebla.” Vatican.va. Ciudad del Vaticano, 3 de octubre de 2019 http://w2.vatican.va/content/francesco/es/speeches/2019/october/documents/papa-francesco_20191003_celam.html (consultado el 10 de octubre de 2019).
- Francisco. “Exhortación apostólica *Gaudete et Exultate* sobre el llamado a la santidad en el mundo actual.” http://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20180319_gaudete-et-exsultate.html (consultado el 10 de octubre de 2019)
- González Dorado, Antonio. *De María conquistadora a María Liberadora. Mariología Popular Latinoamericana.* Santander: Sal Terrae, 1988.
- Grignon de Montfort, San Luis Ma. El amor a la sabiduría eterna (Barcelona: Binicros, S.L.), <http://www.apostoladomariano.com/pdf/559.pdf> (consultado el 12 de octubre de 2019).
- Guebara, Ivonne; Ma. Clara L. Bingemer. *María mujer profética. Ensayo teológico a partir de la mujer y de América Latina.* Madrid: Ediciones Paulinas, 1988.
- Guerra, Pablo. “Puebla, 1979: contexto latinoamericano a 40 años de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano”, Umbrales.edu. 14 de febrero de 2019. <https://umbrales.edu.uy/2019/02/14/puebla-1979-contexto-latinoamericano-a-40-anos-de-la-iii-conferencia-del-episcopado-latinoamericano/> (consultado el 22 de julio de 2019).
- Irarrazaval, Diego. "María en el cristianismo latinoamericano." *Concilium* 327 (2008): 591-611.

- Johnson, Elizabeth A. “Nuestra Hermana de verdad”. *Concilium* 327 (2008): 495-503.
- Juan Pablo II, “Carta encíclica *Redemptoris Mater*, sobre la bienaventurada Virgen María en la vida de la Iglesia Peregrina.” http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_25031987_redemptoris-mater.html (consultado el 2 de julio de 2019).
- Juan Pablo II. “Carta a los Obispos Diocesanos de América Latina”. http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/letters/1979/documents/hf_jp-ii_let_19790323_vescovi-latam.html (consultado el 30 de julio de 2019)
- Juan Pablo II. “Carta Apostólica *Tertio Millennio Adveniente* como preparación el jubileo del año 2000.” https://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_letters/1994/documents/hf_jp-ii_apl_19941110_tertio-millennio-adveniente.html (consultado el 11 de octubre de 2019)
- Juan Pablo II, “carta encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, sobre la eucaristía y relación con la Iglesia”.http://www.vatican.va/holy_father/special_features/encyclicals/documents/hf_jp-ii_enc_20030417_ecclesia_eucharistia_sp.html (consultado el 15 de octubre de 2019)
- Juan Pablo II. “Homilía de Juan Pablo II. Inauguración de la III Conferencia del Episcopado Latinoamericano.” http://w2.vatican.va/content/john-paul-ii/es/homilies/1979/documents/hf_jp-ii_hom_19790127_messico-guadalupe.html (consultado el 30 de julio de 2019)
- Larocca, Antonio. “La Mariología del Documento de la III Conferencia Episcopal de Latinoamérica. Puebla a los 25 años”. *Ephemerides Mariologicae* 55 (2005): 79-93.
- Larocca, Antonio. “María en el Magisterio.” https://udayton.edu/imri/mary/_resources/docs-pdfs/es/mara-en-el-magisterio-01.pdf. (Consultado el 30 de junio de 2019)
- Llamas, Enrique. “Noción y sentido de la espiritualidad mariana.” *Estudios Marianos* 36 (1972): 9-34.
- Maldonado, Luis. *Introducción a la religiosidad popular*. Santander: Sal Terrae, 1985.
- Monroy Ballesteros, Benjamín. “La espiritualidad mariana: ¿opción o esencial para el cristiano?” *Espíritu y Vida* (2010): 37-54.

- Órdenes Fernández, Marco A. “Piedad Popular a la luz de Aparecida. Un desafío para el ver, juzgar y actuar pastoral.” Celam.org. Buenos Aires, 30 de octubre de 2009. www.celam.org › Images › img_noticias (consultado el 25 de agosto de 2019)
- Pablo VI, “Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, para la recta ordenación y desarrollo del culto a la Santísima Virgen María.” http://w2.vatican.va/content/paul-vi/es/apost_exhortations/documents/hf_p-vi_exh_19740202_marialis-cultus.html, (consultado el 2 de julio de 2019).
- Pablo VI. “Exhortación Apostólica Signum magnum sobre el culto que ha de tributarse a María, madre de la Iglesia y modelo de virtudes.” <http://www.es.catholic.net/op/articulos/15045/cat/643/pablo-vi-signum-magnum.html#modal> (consultado 10 de octubre de 2019)
- Peláez, Jesús. “María, la madre de Jesús en los evangelios sinópticos.” servicioskoinonia.org <http://servicioskoinonia.org/relat/222.htm> (consultado el 2 de junio de 2019).
- Pio XII. “Constitución Apostólica *Munificentissimus Deus*, definiendo el dogma de la asunción”, https://w2.vatican.va/content/pius-xii/en/apost_constitutions/documents/hf_p-xii_apc_19501101_munificentissimus-deus.html, (consultado el 2 de julio de 2019).
- Ratzinger, Joseph y Hans Urs Von Balthasar. *María, Iglesia naciente*. Madrid: Encuentro, 2006.
- Ruedas Marrero, Martha; Ríos Cabrera, María Magdalena; Nieves, Freddy. “Hermenéutica: la roca que rompe el espejo.” *Investigación y Postgrado* 2 (2009): 181-201.
- Siller, Clodomiro. *Guadalupe: Luz y cambio de nuestra realidad*. Ciudad de México: Editorial Guadalupe, 2010.
- Silveira, María del Pilar. “Nueva Búsqueda de la Mariología popular latinoamericana. Aportes de la fisonomía de la mariología popular venezolana al conocimiento teológico.” Trabajo de Doctorado en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2011.
- Stock, Klemens. “María en el evangelio de San Marcos.” En *María la madre del Señor, en el Nuevo Testamento*. Por Klemens Stock, 111-117. Madrid: Edibesa, 1999.

- Temporelli, Clara María. “María a la luz de la fe del pueblo latinoamericano.” Ponencia del Congreso de Mariología. Piedad popular, cultura y Teología celebrado en la Pontificia Universidad Católica de Río Grande del Sur, Río Grande, 21-23 de agosto de 2017.
- Valeriano, Antonio. “Nican Mopohua: Documento histórico sobre Guadalupe.” Aciprensa <https://www.aciprensa.com/recursos/nican-mopohua-documento-historico-sobre-guadalupe-1086> (consultado 15 de agosto de 2019)
- Vences Vidal, Magdalena. “Manifestaciones de la Religiosidad Popular en torno a tres imágenes marianas originarias. La unidad del ritual y la diversidad formal.” *Latinoamérica. Revista de estudios latinoamericanos* 49 (2009): 97-126.
- Vuola, Elina. “María mujer en la política. Nuevos desafíos para la teología latinoamericana.” *Albertus Magnus*, 59. Vol. 4, N.º 2 (2012): 59-71.
- Zuluaga, Francisco. Mariología Popular Colombiana. *Theologica Xaveriana* 79 (1986): 151-164.